

El octógono sagrado

Breve introducción a la Biblia
en cuatro lecciones

José Pedro Tosaus Abadía



evd

l octógono sagrado



José Pedro Tosaus Abadía

EL OCTÓGONO SAGRADO

Breve introducción a la Biblia
en cuatro lecciones

evd

editorial verbo divino

Avda. Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra)
2005

Editorial Verbo Divino
Avenida de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra), España
Tfno: 948 55 65 11
Fax: 948 55 45 06
www.verbodivino.es
evd@verbodivino.es

© José Pedro Tosaus Abadía 2005

© Editorial Verbo Divino 2005

Fotocomposición: Chapitel Comunicación.

© De la presente edición: Verbo Divino 2012

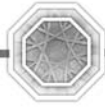
ISBN pdf: 978-84-9945-413-9

(ISBN versión impresa: 978-84-8169-571-7)

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra solo
puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita
reproducir algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

l octógono sagrado





PRÓLOGO

Uno de los mejores frutos del Concilio Vaticano II fue la devolución de la Biblia al bendito y sufrido Pueblo de Dios. Tras siglos de reserva fruto de la Contrarreforma, y a pesar de cualquier intento restauracionista, «la Palabra acampó entre nosotros».

Excelentes traducciones con abundantes comentarios y notas explicativas, numerosas y variadísimas experiencias pastorales (cursos, grupos homiléticos y de lectura orante, estudio de Evangelio, revisión de vida...) y una auténtica profusión de publicaciones de todo tipo han devuelto al Libro la centralidad que le corresponde en la experiencia creyente.

La Biblia al alcance de todos. Ningún otro fenómeno, acontecimiento o experiencia ha contribuido más a la adultez del Pueblo de Dios. Y el esfuerzo de este Pueblo por entender y ser fiel a su Dios, Palabra hecha carne, ha sido y es inmenso.

Porque la Biblia no es fácil. Una lectura literal, tan frecuente en numerosos documentos eclesíásticos plagados de citas, sólo nos conduce a apuntalar ideologías

previamente asumidas. Una lectura meramente piadosa deja la Palabra de Dios al albur de nuestras propias convicciones, sentimientos y necesidades.

Los investigadores y especialistas bíblicos vienen desarrollando una labor ingente. Cada día incorporan nuevas ciencias y métodos en su afán responsable de escudriñar las Escrituras y desentrañar su sentido originario, creador, de forma que la Palabra pueda comunicar su Vida al ser humano actual.

Cualquiera de nosotros que quiera acceder hoy a la Biblia con autenticidad, se encuentra con la dificultad intrínseca del texto y la dificultad añadida de tener que interrelacionar los datos, descubrimientos y líneas de estudio e interpretación actuales. Y ahí entramos en un mundo multidireccional donde nos asalta una doble sensación: la incapacidad de recorrer tantos caminos abiertos sin perder la orientación y, lo más angustioso, la posibilidad de perdernos en esos caminos discursivos y no encontrarnos con la Presencia de la Vida eternamente Nueva.

José Pedro Tosaus nos ofrece El octógono sagrado. Es mucho más que un mapa o un método que nos ayude a recorrer esos múltiples caminos con una cierta seguridad. El «octógono sagrado» posee la rara cualidad de ser un «símbolo»: un elemento capaz de integrar múltiples direcciones en un solo horizonte, de englobar la diversidad de datos conocidos y aún por descubrir en un único marco comprensivo, de lanzarnos a la búsqueda de lo desconocido sabiéndonos siempre en el hogar, de impulsarnos a saber cada vez más con la plena consciencia de que todo lo aprendido sólo nos libera de nuestra

ignorancia capacitándonos para el encuentro con el Misterio.

Y todo ello con la eficacia de la simplicidad. Basta visualizarlo.

A toda persona que quiera iniciarse en la lectura comprensiva y vital de la Biblia, este librito le ofrece la posibilidad de vivir esa experiencia no como la entrada en un laberinto mejor o peor señalado, sino como la aventura apasionante de comprender y vivir su vida inmersa en el gran río de la Vida.

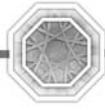
Para quienes, independientemente de nuestro proceso vital y formativo, buscamos que la Palabra de Dios sea significativa, El octógono sagrado es una «pequeña genialidad necesaria».

Jesús Gracia

1

l octógono sagrado





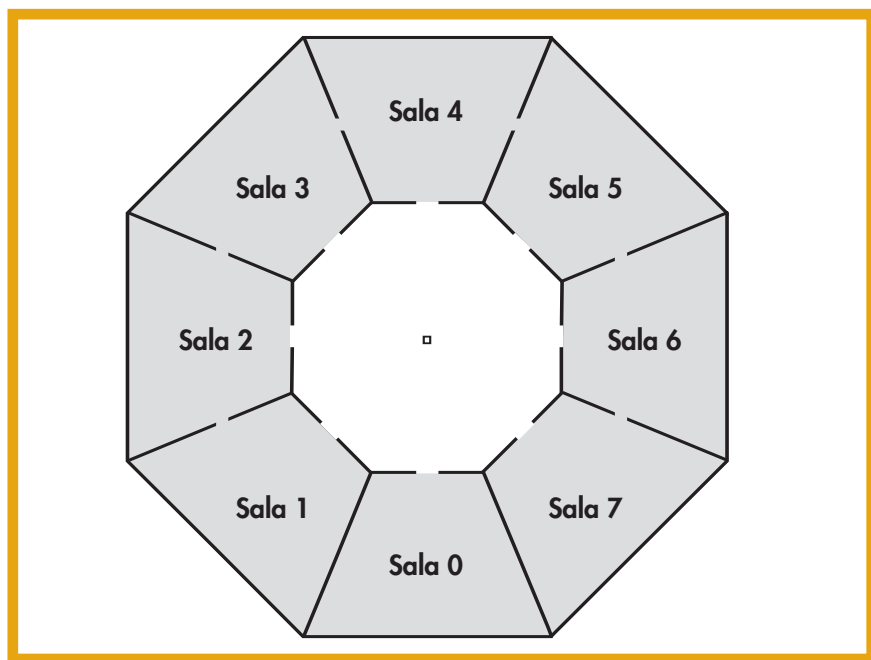
1

LA BIBLIA COMO HISTORIA INTERMINABLE

INTRODUCCIÓN

Imaginemos el silencio acogedor de un recinto sagrado. Me encuentro dentro de un vasto edificio octogonal. A mi alrededor se abren puertas, una en cada lienzo de pared. La luz entra matizada por las vidrieras. No deslumbra, pero permite leer cómodamente. En el centro del recinto veo un atril alto. Encima, un libro: la Biblia... Mirando alrededor veo la puerta por la que he entrado. Las otras siete están abiertas. Cada una de ellas da acceso a una sala amplia. Desde fuera se entrevén numerosos anaqueles con libros de muy diferentes tamaños, paneles de colores, monitores de televisión encendidos, ordenadores, vitrinas con objetos expuestos... La abundancia de cosas que hay en las salas contrasta con la desnudez del cuerpo central del edificio. Ahí sólo estamos la Biblia y yo...

Éste es el lugar del que quiero hablar en esta lección y en las próximas. Es imaginario sólo en parte. De hecho, es una imagen visual de nuestra situación personal como cristianos. El cuerpo central del edificio representa nuestra realidad creyente, la de cada uno. Su desnu-



Croquis del octógono y sus salas.

Sala 0: Creación e historia

Sala 1: Tradiciones orales y escritas previas a los libros bíblicos

Sala 2: Manuscritos de los libros bíblicos

Sala 3: Versiones (traducciones) de los libros bíblicos

Sala 4: Contexto geográfico, histórico y literario de la Biblia

Sala 5: Literatura parabíblica

Sala 6: Comentarios e interpretación, métodos y hermenéutica

Sala 7: Efectos de la Biblia en la literatura, el arte, el pensamiento

dez resalta la importancia de lo que allí hay: la Biblia y yo. Yo con mis circunstancias propias, con mi mundo, mis problemas, mis virtudes, mis defectos, mis conocimientos y mis ignorancias, mis interrogantes y mis

anhelos. Todo esto es lo que llena el recinto vacío. Pero también está la Biblia. Porque es ahí, en medio de lo concreto de nuestra vida, en lo más hondo de nuestra realidad, donde los creyentes estamos llamados a entablar relación con ella. Se trata de un recinto sagrado por una doble razón: por ser la vida que Dios nos ha dado (precedida y rodeada por otras muchas vidas individuales y colectivas), y porque en él se hace Dios presente continuamente y de muchas maneras, de forma muy especial en la Biblia.

Las salas que rodean el espacio central son una combinación de biblioteca y museo interactivo. En ellas se recoge todo lo relacionado con la Biblia, desde su origen hasta la última palabra que se ha escrito sobre ella. Hablaremos más detenidamente de ellas en las próximas lecciones. Por el momento, baste decir que las puertas están abiertas. Es decir, los conocimientos y experiencias acumulados en ellas entran en relación con mi proceso personal de diálogo con Dios a través de la Biblia. Esa relación es distinta en cada uno... Dependerá de por dónde ande ese proceso personal y, también, de los conocimientos y experiencias de cada cual.

La Biblia abierta me invita a leer. Me acerco, pues, y me encuentro con los primeros versículos del primer libro, el del Génesis. Se trata de una de las escenas bíblicas más conocidas, la de la creación: Dios, tras llamar a la existencia a todos los seres, culmina su obra creando al ser humano (varón y hembra) en el día sexto (Gn 1-2,4). «Y en el séptimo día cesó Dios de toda la labor que había hecho» (Gn 2,2). Me vienen a la cabeza las cosas que he oído y leído sobre la evolución de las especies, sobre el origen del universo y de la Tierra. Aunque sur-

gen interrogantes en mi interior, sigo leyendo... Me encuentro justo a continuación con un segundo relato de la creación (Gn 2,5-25). Me llaman la atención las diferencias respecto al primero: la creación de la tierra y los cielos se lleva a cabo en un solo día, y el hombre (no la mujer) es modelado antes que las plantas y los animales; la mujer aparece al final, creada a partir de una costilla de Adán... A los interrogantes que ya antes me han surgido, y que siguen sin contestar, se añade ahora otro: ¿cómo explicar la presencia en la Biblia de esta yuxtaposición de dos relatos divergentes y contradictorios del mismo acontecimiento?

Voy pasando páginas hasta llegar a los Salmos. Me detengo en el último, el 150. Dice así:

Alabad a Dios en su templo,
alabadlo en su fuerte firmamento,
alabadlo por sus obras magníficas,
alabadlo por su inmensa grandeza.
Alabadlo con clamor de trompetas,
alabadlo con arpas y cítaras,
alabadlo con tambores y danzas,
alabadlo con laúdes y flautas,
alabadlo con platillos sonoros,
alabadlo con platillos vibrantes.
¡Todo ser que alienta alabe a Yahvé!

Me causa extrañeza la reiteración de ciertos términos y la semejanza que unas frases guardan con otras. ¿No será todo eso repetición inútil que el salmista podría haberse ahorrado? Pero, si fuera verdaderamente inútil, ¿por qué el autor habría escrito el salmo precisamente así?

Paso directamente al final de la Biblia, al libro del Apocalipsis. Tropiezo con este texto referido a Cristo:

«Entonces vi, de pie, en medio del trono..., un cordero como degollado; tenía siete cuernos y siete ojos...» (Ap 5,6). Conforme leo se va formando en mi imaginación una figura monstruosa y repulsiva. Un animal sanguinolento, aunque erguido, lleno de cuernos y de ojos no parece una imagen adecuada para hablar de Cristo. Seguramente estas palabras esconden algún significado, pero ¿cuál?

El silencio del recinto sagrado donde leo la Biblia se ha llenado de interrogantes. El atril sigue sosteniendo la Biblia abierta y la luz sigue siendo suficiente para leerla; pero yo me siento incapaz de encontrar respuestas satisfactorias a mis preguntas. Tengo que buscar ayuda. Vuelvo sobre los textos que acabo de leer. A medida que voy pasando páginas me doy cuenta de que en todas ellas, rodeando totalmente el cuerpo del texto, hay pequeños rótulos donde está escrito: «Ayuda». Llego al comienzo del Génesis. Me decido a pulsar la primera «ayuda». Inmediatamente aparece delante de mí una pantalla virtual donde leo:

Ayuda 0: Historia.

Ayuda 1: Tradiciones orales.

Ayuda 2: Manuscritos.

Ayuda 3: Textos impresos, versiones antiguas y modernas.

Ayuda 4: Literatura paralela.

Ayuda 5: Literatura parabíblica.

Ayuda 6: Comentarios e interpretaciones, metodologías y hermenéutica.

Ayuda 7: Repercusiones en la literatura, el arte, el pensamiento, la espiritualidad.

Voy leyendo, un poco perplejo, sin saber muy bien lo que significa todo eso. Después de pensarlo un poco, me

parece que lo que busco es comentario e interpretación de lo que he leído. Tiendo la mano a la pantalla virtual y pulso la «Ayuda 6». De la sala que está justo a mi derecha sale al momento un haz de luz que forma otra pantalla virtual junto a la anterior. Veo allí muchas cosas, de muchos tipos y de diverso grado de dificultad. Al final me quedo con esta información: «La lectura de los dos primeros capítulos del Génesis suscita una búsqueda fundamental: es necesario determinar su género literario. Dicho género no es el reportaje periodístico ni el ensayo histórico, sino el mito, entendido como lo que es en realidad: una verdad profunda referida al mundo, al hombre y a Dios, expresada con un lenguaje de ficción. La verdad del mito no estriba en los detalles ficticios, sino en su mensaje: todo ha sido creado por Dios y es bueno; el hombre ocupa un puesto de privilegio dentro de la creación. Podríamos decir que los relatos de la creación tienen mucho en común con las parábolas de Jesús. En ninguno de los dos casos se deben tomar las palabras literalmente: Dios no es un “superalfarero”, ni nosotros somos ovejas, levadura o tierra. Sólo entendiendo el género literario que se usa (mito o parábola) se puede descubrir el significado oculto bajo el sentido aparente de las palabras». Vistas así las cosas, empiezo a encontrar solución a los problemas que me planteaba...

Animado por el resultado de mi indagación, busco el Salmo 150 y repito la operación con la «Ayuda 6». Leo: «El salmo 150 es un ejemplo de paralelismo poético. La repetición de términos y de estructuras sintácticas le permiten desarrollar, en forma de oración, casi como una letanía, el complejo concepto de alabanza divina. Para ello, las expresiones se van modificando, como

podemos ver fijándonos simplemente en las preposiciones del texto. Se comienza diciendo a quién se alaba y dónde (en); luego, las razones (por) y los medios musicales con que se debe alabar. El paralelismo se rompe al final, donde se afirma quién debe alabar a Yahvé: todo ser vivo. La repetición y el paralelismo, por tanto, lejos de ser inútiles, son un modo perfectamente adaptado al propósito del autor». La respuesta no podía ser más oportuna...

¿Sería posible encontrar también una explicación satisfactoria del repulsivo galimatías del Apocalipsis? Paso rápidamente las páginas hasta llegar al pasaje concreto de los cuernos y los ojos del cordero... «Ayuda», «Ayuda 6», ¡y allá va!: «La descripción apocalíptica del cordero lleno de cuernos y de ojos es una formulación simbólica de un mensaje. Para descifrarlo sin arbitrariedad debemos recurrir al análisis literario del conjunto del libro y al trasfondo global de la Biblia. Un estudio de este tipo nos permitirá averiguar, al final, que el cordero simboliza al Mesías; que el “como degollado” alude a su muerte, y el “de pie” a su estado actual de resucitado; que el siete es símbolo de totalidad pluriforme (como el uno lo es de totalidad “monolítica”); que el cuerno significa entre los semitas poder y fuerza; y que el ojo es símbolo de la sabiduría y el espíritu de Dios, el Espíritu Santo. Con todo lo cual, el sentido oculto tras la chocante descripción del cordero sería el siguiente: Jesús, el Mesías muerto y resucitado, poseedor de la totalidad pluriforme del poder y del espíritu de Dios». ¡Quién lo hubiera dicho!

LA DIMENSIÓN HISTÓRICA Y LITERARIA DE LA BIBLIA

Los tres textos que acabamos de encontrarnos son ejemplos de que las palabras, en su dimensión literaria, constituyen la puerta de entrada al sentido de la Biblia. La Biblia es literatura. Lo literario, sin embargo, no es una realidad ajena a este mundo, aislada de todo. La obra literaria que es la Biblia está inserta en una historia y en una sociedad, y ello en dos sentidos. Por un lado refleja implícitamente la historia y la sociedad en que vivieron sus autores; por otro, hace explícita referencia a hechos históricos y a circunstancias sociales que son directa o indirectamente objeto de su atención.

Historia y sociedad en el mundo de la Biblia

Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento son el resultado de la interacción de diversos grupos y partidos, con intereses y puntos de vista particulares. Sería ingenuo pensar que todos los israelitas (durante más de un milenio) y todos los cristianos del siglo primero y comienzos del segundo formaban un bloque ideológico monolítico.

En el antiguo pueblo judío, las vicisitudes de política internacional se reflejaban inmediatamente en la política interior. En un país pequeño y débil, enclavado entre las grandes potencias del Nilo y Mesopotamia, no debe sorprendernos que existieran grupos probabilonios, propersas y proselúcidas (según la época), todos ellos rivales de un perenne partido proegipcio. Y hay que tener en cuenta que en el Israel de aquel entonces política y religión estaban íntimamente unidas. Por eso, no

En cuanto obra literaria,
la Biblia tiene necesariamente
dimensión histórica y social.



hay que extrañarse de que tales facciones se reflejen en los textos bíblicos. Asimismo, en el ámbito más propiamente religioso, el pueblo del Antiguo Testamento conoció dentro de sí tendencias diferentes. En un ámbito politeísta como el de Palestina, la religiosidad sincretista pugnó durante siglos con la del culto exclusivo a Yahvé. En la restauración posterior al exilio, los partidarios de la asimilación a los otros pueblos y los defensores del aislacionismo también mantuvieron luchas que han dejado huellas literarias. Todas ellas, con sus convergencias y divergencias, configuraron la composición del Antiguo Testamento, tal como hoy lo conocemos.

En cuanto al cristianismo primitivo, no se deben olvidar los problemas que se plantearon entre los cristianos de origen judío y los de origen pagano (ritos de purificación, comidas, función de la Ley judía). Reflejos de esa coyuntura se encuentran por todo el Nuevo Testamento. Por otro lado, las diversas comunidades cristianas gozaban de gran autonomía y de una tradición propia, procedente del apóstol fundador. A partir de los textos se descubren diferencias notables entre las comunidades paulinas y joánicas, petrinas y jacobeanas, mateanas y lucanas.

En este contexto de pluralismo (no siempre bien tolerado) debemos situar la actividad literaria bíblica. Los materiales y los temas de que hablan, incluso las formas de expresarlos, pertenecían en muchos casos al ámbito histórico-social. En general, era la sociedad de cada momento concreto la que los proporcionaba. A ello añadía cada autor su aportación individual, ese estilo propio que hace de cada obra algo único e irrepetible. El estudio de la obra concreta nos dirá, pues, muchas cosas del contexto histórico-social en el que fue compuesta (y al revés).

Principales coordenadas histórico-sociales de la Biblia

Las coordenadas histórico-sociales de la literatura bíblica se pueden trazar considerando ésta a la luz de cuatro pares de conceptos. Cada uno de ellos representa los polos extremos de una relación entre lo literario y lo histórico-social. Cada uno se ocupa de una cuestión literaria básica: qué se escribe (la relación entre lo oral y lo escrito); para qué se escribe (la tensión entre la literatu-

ra pura y la pragmática); quién escribe (la cuestión del autor y la literatura anónima y apócrifa); y cómo se escribe (la contraposición entre las concepciones abierta y cerrada de la actividad literaria).

Literatura oral, literatura escrita

En la Biblia, las tradiciones orales surgían y se iban enriqueciendo dentro del conjunto del pueblo de Israel o de la Iglesia naciente. Pero se conservaban y transmitían siempre en conexión con determinados grupos (sacerdotes, sabios, profetas, comunidades concretas).

Los especialistas han dedicado grandes esfuerzos a descubrir e identificar las tradiciones previas, en muchos casos orales, que subyacen tras los libros bíblicos. Los ejemplos más claros son el Pentateuco (con sus fuentes Yahvista, Elohista, Sacerdotal y Deuteronomista: J, E, P, D), los evangelios (con el documento Q) y Hechos de los apóstoles.

En muchos casos, la tradición oral sigue ejerciendo presión sobre el escrito, influyendo en su interpretación (compárese 1 Cor 10,4 con los textos correspondientes del libro del Éxodo) o llevándolo a nuevas redacciones corregidas y aumentadas. Pero de esto hablaremos después, a propósito de la literatura abierta.

Literatura pura, literatura pragmática

Todos los libros de la Biblia desempeñan una función en su contexto de origen y se proponen un objetivo concreto, al margen del puramente estético: son libros para algo. Cada obra de la Biblia se sitúa en algún punto entre

los dos extremos del arco: Judit o el Cantar, por ejemplo, se acercan mucho a lo que llamaríamos literatura «pura»; el libro del Levítico, en cambio, se encontraría muy cerca del polo de la literatura «pragmática». Pero todos ellos poseen, en mayor o menor medida, algo de estético y algo de práctico. Determinar esa proporción es tarea del estudio literario de cada libro.

Literatura anónima, literatura de autor

A diferencia de lo que ocurre en nuestra cultura, para la mentalidad semita antigua el autor en sí mismo no es importante. Sólo lo es por lo que representa: la garantía del testimonio legítimo acerca de la acción de Dios en favor de su pueblo.

Situados en el marco de esta mentalidad, no debe extrañarnos que muchos libros del AT sean anónimos. El nombre de su autor no les añadía nada de autoridad ni valor. En ese contexto semita, saber quién los compuso no importa. Es el grupo, el pueblo, quien cuenta. Las obras literarias emergen de él y él es quien las reconoce, valora y perpetúa. El autor concreto no se plantea ningún protagonismo, porque él, separado de ese grupo y ese pueblo, no es nadie. Estamos muy lejos del individualismo griego.

En este mismo ámbito debemos explicarnos el fenómeno de la pseudonimia. En él, el autor auténtico se oculta tras el nombre de un autor supuesto, a quien atribuye su obra. Podemos distinguir dos tipos de pseudonimia: la que utiliza un nombre ficticio y la que usa el nombre de algún personaje famoso del pasado. En la Biblia sólo se da el segundo tipo. La pseudonimia bíblica debe entenderse como un intento de actualizar un

mensaje anterior (de Isaías o Pablo, por ejemplo), en continuidad con la autoridad del maestro o del personaje importante que vivió una relación especial con Dios y su salvación.

Literatura abierta, literatura cerrada

Desde que los libros bíblicos se escribían hasta que llegaban a ser considerados sagrados, pasaba un tiempo; en ocasiones, siglos. En ese período es donde deben situarse la mayoría de las modificaciones voluntarias debidas a los copistas.

Pero hay algo más. La misma mentalidad de la que antes hablábamos llevaba a tomar la obra del maestro y a reelaborarla y aumentarla a lo largo de los años, manteniéndola en constante revisión. Es típico el caso de los libros proféticos: el profeta predica, a veces escribe; los discípulos recogen todos sus hechos y dichos y los editan, creando abundantes materiales escritos; en un momento dado, con todos esos materiales confeccionan un libro del género «obras completas»; más tarde, otros discípulos añaden otros textos o glosas a la obra, que en todo momento sigue atribuyéndose al profeta «fundador» de esa escuela.

Un proceso parecido han seguido muchos de los libros del AT. Casi todos los más antiguos. Durante siglos, fueron obras literarias abiertas. Primero, a raíz de los hechos o las experiencias, surgieron tradiciones orales. Poco a poco se fueron poniendo por escrito. Los escritos se combinaron ocasionalmente en síntesis de mayor envergadura. Por fin, un autor, o un grupo de autores, los redactó según un plan. Posteriormente, y hasta el momento en

que la obra se consideró sagrada, ésta sufrió modificaciones y añadidos menores. En el caso de los libros más recientes del AT y en la mayoría de los del NT, esa apertura también ha existido, pero el tiempo transcurrido entre su aparición y el momento en que comenzaron a ser intocables fue mucho más corto. De ahí que las alteraciones sean menores, aunque se dan.

La obra en su referencia a la historia y a una sociedad

La obra literaria que es la Biblia hace referencias y afirmaciones sobre hechos históricos y circunstancias sociales. Pero la valoración que de tales afirmaciones se ha hecho a lo largo de la historia ha variado...

Del «realismo ingenuo» a la «crítica»

Durante los últimos siglos, el conjunto de la civilización occidental ha experimentado una considerable evolución en todos los órdenes. Simplificando mucho, podríamos decir que dicha evolución arrancó al hombre occidental de la reflexión «realista ingenua» sobre el mundo, para centrar su pensamiento en el hombre y, finalmente, en los instrumentos mismos del pensamiento, sobre todo el lenguaje.

También el ámbito de lo literario ha seguido los mismos derroteros. Ante una obra literaria, la actitud tradicional daba prioridad al contenido del escrito, a su referencia a lo objetivo, al «acontecimiento histórico» relatado por el texto. La insistencia en la función del autor fue una evolución posterior, favorecida por la nueva filosofía antropo-

céntrica europea nacida con Descartes en el siglo XVII. La tercera fase, centrada en el medio de plasmación de lo literario, el lenguaje, nace con Ferdinand de Saussure (†1913) y abarca la práctica totalidad del siglo XX. El análisis literario ha dado un paso más con los planteamientos que centran su atención en el lector, que pasa a ser el sujeto del acontecimiento literario. Se llega así a una intuición central de la época moderna: la interpretación de textos supone un «diálogo» entre lector y texto sobre el tema del que trata el escrito.

Ese «giro hacia el lenguaje», característico de la filosofía y la teoría literaria modernas, ha propiciado la aparición de la crítica literaria en el campo de los estudios bíblicos. Esto ha supuesto un cambio de «modelo» de interpretación, en detrimento de la aproximación histórica, que ha sido normal en el campo bíblico desde el siglo XIX. Pero este cambio no es un puro reflejo imitativo del pensamiento actual, sino que responde a un desarrollo interno de la investigación bíblica. La evolución de los métodos histórico-críticos planteó cuestiones nuevas sobre el texto como texto que ni la historia ni la teología podían afrontar. De la necesidad de buscar respuestas a esas nuevas preguntas surgió una nueva generación de especialistas bíblicos, para los que la hermenéutica y la crítica literaria iban juntas.

¿Se puede hablar de historicidad de la Biblia en cuanto literatura?

Para algunas personas, el estudio literario de la Biblia es un intento de socavar la historicidad de los pasajes bíblicos. Según ellas, el análisis literario acabaría

poniendo en duda la verdad de las Escrituras Sagradas. De ahí que consideren peligrosa la aplicación de este análisis a ciertas secciones de la Biblia. Sin embargo, cada texto bíblico pertenece a uno u otro tipo de literatura: historia o ficción. Ambos existen en la Biblia, así como casi todos los tipos literarios intermedios entre ambos extremos. Si clasificamos correctamente cierta parte de la Biblia como ficción, no estamos destruyendo su historicidad, pues nunca fue historia; simplemente descubrimos la intención con que la escribió su autor. Ahora bien, ciertamente hay un peligro... La teoría literaria contemporánea niega que la literatura haga referencia a la realidad objetiva. La obra literaria no sería una ventana abierta al mundo, sino un ilimitado juego de signos que se reflejan mutuamente, como en un espejo, y que la dejan encerrada dentro de sí misma. Lo propio de la literatura sería la ficción, la invención y la imaginación. La conclusión aplicada a la Biblia sería que, como texto literario, ésta no haría referencia a nada fuera de sí misma y, en concreto, no haría referencia a la historia. Se negaría así la aproximación histórica al texto, con el consiguiente rechazo o crítica de los métodos tradicionales llamados histórico-críticos (sobre todo el de las fuentes y las formas). La investigación histórica de un texto pasa así a ser considerada imposible o irrelevante.

¿Se pueden reconciliar texto y realidad? La verdad es que la Biblia no presenta hechos históricos en bruto. Dicho de otro modo, en la Escritura los hechos aparecen unidos inseparablemente a otros dos factores muy a tener en cuenta: su interpretación y la finalidad del escrito. Los textos bíblicos que podemos considerar his-

La biblia hace presente a Dios en nuestra vida como luz en medio de la tiniebla, invitación constante, interminable, abrir los ojos y el corazón.



tóricos (en contraposición a los que pertenecen a los géneros de ficción) presentan los hechos interpretados a la luz de unos criterios religiosos y seleccionados con vistas a alcanzar un objetivo. Para ello han recibido una estructuración y un subrayado peculiares.

Ahora bien, ¿se puede llegar a los hechos en bruto a los que hace referencia explícita el texto bíblico? Con frecuencia, el texto es el único medio de acceder al hecho

en bruto. Pero no siempre resulta fácil deslindar lo que pertenece a la objetividad de los hechos y lo que es ya una interpretación basada en ellos. Hoy en día se cuenta, sin embargo, con nuevos datos y con nuevos métodos interdisciplinarios de trabajo que permiten un mayor acercamiento a los hechos históricos que subyacen tras los textos.

¿Qué es lo importante en los hechos históricos reflejados en la Biblia?

La fe no depende de los hechos en bruto. En ella tienen mucha más importancia la Biblia como tal, la tradición de la Iglesia, la espiritualidad, la teología... En todo caso, lo importante de los hechos históricos es que en ellos una comunidad de fe ha visto actuar y hablar a Dios para nuestra salvación: Dios se revela en palabras y en hechos (Dei Verbum 2).

Pero la verdad de la Biblia (también en el ámbito histórico) está orientada esencialmente a la salvación (Dei Verbum 11). La mera información histórica es insuficiente. Tener información fiable de los hechos y palabras de Dios es importante, pero no basta. «También los demonios saben y tiemblan...». Hay que dar otro paso...

LA BIBLIA COMO HISTORIA INTERMINABLE

La historia interminable es una novela de Michael Ende que ofrece un juego de espejos en el que el libro habla del libro. Ello posibilita a su protagonista, un niño llamado Bastián, entrar dentro del libro y realizar un proceso de profunda maduración personal; e invita también al lector a realizar el mismo proceso: tú eres

Bastían, tú pasas por todo eso, tú te equivocas igual que él, deseas igual que él, sufres igual que él, eres salvado igual que él.

La Biblia es, en este sentido, como La historia interminable: nos invita a meternos dentro de ella y a vivir todos sus hechos y palabras en primera persona. La implicación personal (y también comunitaria) en la historia de la salvación, tal como nos la presenta la Biblia, es necesaria para todos y cada uno de los creyentes. También esta historia es interminable: se cuenta siempre de nuevo y se repite «interminablemente» en la vida de cada uno. Bastían entró en su «historia» mientras leía escondido y solo en un desván el misterioso libro que hablaba de él mismo. Nosotros, a solas en el centro de nuestra vida, en ese recinto sagrado del que hablábamos al principio, hemos de leer también este Libro misterioso, la Biblia, que habla de nosotros y que además nos habla.

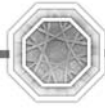
Siempre ha sido así en la historia de la Iglesia. Los cristianos han hecho esa lectura «a solas» tanto individual como colectivamente. Y así, metiéndose de lleno en la gran historia interminable de la salvación, fueron descubriendo, entre otras muchas cosas, estas dos: que la Biblia estaba inspirada por Dios y que la formaban unos libros determinados y no otros. Estos dos descubrimientos serán los que nos ocupen en las próximas lecciones: la inspiración (lección 3) y el canon (lección 2).

BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA

V. Mannucci, La Biblia como palabra de Dios: introducción general a la Sagrada Escritura, Desclée de Brouwer, Bilbao 1998.

R. E. Brown – J. A. Fitzmyer – R. E. Murphy (eds.),
Nuevo Comentario Bíblico San Jerónimo. Nuevo
Testamento, Verbo Divino, Estella 2004.

J. P. Tosaus Abadía, La Biblia como literatura, Verbo
Divino, Estella 1996.



2

LA BIBLIA, RESTOS DE UN NAUFRAGIO

INTRODUCCIÓN

En la primera lección acababa diciendo que los creyentes llegaron a descubrir en la Biblia, entre otras muchas cosas, estas dos: que está inspirada por Dios y que está compuesta por unos libros y no por otros. En la presente lección vamos a ocuparnos de este segundo descubrimiento. En realidad, es difícil separarlo del primero, ya que el criterio para incluir o no un libro en la Biblia tenía mucho que ver con el reconocimiento de su condición «divina» o «inspirada». Por facilitar la comprensión de las cosas, sin embargo, empezaremos observando el proceso histórico «superficial»: la selección de unos libros y el rechazo de otros. En la tercera lección nos ocuparemos del proceso histórico «profundo»: la inspiración de los libros que forman parte de la Biblia.

Como anuncié ya, quiero seguir con la imagen que propongo como hilo conductor de mi exposición: el recinto sagrado octogonal donde se produce mi lectura íntima y personal de la Biblia, recinto rodeado por salas abiertas en las que desde fuera se entrevén muchas cosas. En esta lección vamos a visitar algunas de esas

salas. Pero antes de nada quiero cruzar de nuevo la sala y la puerta por la que se accede al recinto central.

LA SALA 0: CREACIÓN E HISTORIA

De repente me encuentro en un lugar totalmente a oscuras. Sólo percibo lejos, delante de mí, una débil luminosidad que penetra a través del vano de una puerta abierta. Siento a mi espalda un muro de piedra. Algo me mueve a avanzar hacia la luz. Nada más dar mi primer paso se encienden a mi alrededor varias pantallas



La creación del ser humano es un momento culminante del proceso constante de creación e historia presente en la sala 0.

donde se representa la secuencia inicial del «Big Bang», la gran explosión inicial que dio origen al universo tal como lo conocemos. El segundo paso ilumina otras pantallas: la formación del sistema solar y de la Tierra. Otro paso más: la aparición de la vida en nuestro planeta. Así, en rápida sucesión se van iluminando, a medida que avanzo, los grandes hitos de la historia del mundo y de la humanidad: la aparición de los mamíferos, de los primeros homínidos, del primer ser humano propiamente dicho, los siglos oscuros de la prehistoria, las primeras civilizaciones... Las pantallas cambian rápidamente: guerras, amores, odios, amistades, descubrimientos, construcciones, costumbres, religiones, crueldades, actos admirables de bondad, tragedias, catástrofes, dicha, prosperidad... De repente, entre esa maraña de seres humanos se destaca uno en una gran pantalla. Es Abrahán. Con él empieza una historia insignificante en apariencia, pero que va creciendo de manera insospechada e imparable. Sigo avanzando. La luz de la puerta es cada vez más clara. Se van iluminando nuevas pantallas. Ante mis ojos desfilan numerosas figuras conocidas: Isaac, Esaú, Jacob y sus doce hijos; Moisés en su lucha con el faraón de Egipto; el pueblo de Israel en su éxodo; Josué introduciendo al pueblo en Canaán; los jueces que gobernaron como líderes carismáticos a las doce tribus; Saúl, el primer rey; David, que unificó bajo su corona a las tribus del norte y del sur en un solo reino; Salomón, el rey sabio, pero que sembró el descontento; la escisión del reino en dos, Norte y Sur, Israel y Judá; la secuencia trágica de los reyes de Israel y la tampoco muy edificante de los reyes de Judá; los rostros de los profetas que claman pidiendo a los reyes y al pueblo fidelidad

y justicia; el desastre de la caída del Norte, con la deportación masiva de sus habitantes; la inconcebible catástrofe del Sur, con el exilio consiguiente a Babilonia. Cada pantalla muestra mil detalles: de unos queda constancia, de otros (los más) no. Sigo adelante: los años terribles del exilio; el examen de conciencia del pueblo y de los sacerdotes, que van recopilando tradiciones y poniéndolas por escrito; los años oscuros de la restauración posterior al exilio, con Esdras y Nehemías; voces de profetas que resuenan cada vez más raramente; sabios que reflexionan y escriben; sacerdotes que mantienen el culto del Templo de Jerusalén; imperios nuevos que suceden a imperios viejos; opresión y martirio; guerras, victorias, derrotas; literatura de resistencia; la llegada de los romanos a Palestina; Herodes el Grande; Herodes Antipas; Juan el Bautista; Jesús; los apóstoles; la expansión de la Iglesia... Estoy llegando a la puerta. Miro atrás. En muchas de las pantallas aparecen palabras dichas y escritas en nombre de Dios: palabras que se escriben y que se copian, que se leen en privado y en público, libros que se veneran y libros que se queman... Recorro los pocos metros que me separan de la puerta abierta: las últimas pantallas me muestran los últimos dos mil años de historia de la humanidad y de la Iglesia. En una de las del final aparezco yo mismo, mi vida. He llegado a la puerta. Al trasponer el umbral me encuentro en el vasto espacio octogonal cuyo centro está ocupado por la Biblia. Ella era el libro que, en todo o en parte, había aparecido en muchas pantallas de la sala que acabo de recorrer. De entre la barahúnda de imágenes que he visto, del inmenso proceso de la creación y la historia humana, con seres y especies que aparecen y des-

aparecen, con oleadas que van y vienen, ella emerge como un punto firme y, al mismo tiempo, como «resto» de ese naufragio gigantesco que es la historia de la humanidad.

LAS PRIMERAS SALAS DEL OCTÓGONO

A la sala que acabamos de recorrer no se entra. Uno nace dentro de ella. Es una sala en crecimiento continuo que nos muestra en su contexto remoto y próximo la historia «exterior» de la Biblia, en cuanto instrumento del diálogo de Dios con la humanidad. Sin esta sala y lo que contiene resulta imposible entender la Biblia y su sentido.

A diferencia de la «sala 0», que explica el proceso «exterior» de la Biblia, las demás salas del octógono explican su proceso «interior». En esta lección vamos a recorrer tres de ellas. Este recorrido, lo mismo que el que realizaremos en las próximas lecciones, no pretende, ni puede, ser exhaustivo. No se trata de detenerse en todos los detalles, de explicarlo todo, de informar de todo. Sólo aspira a situar en una imagen mental todos los ámbitos y realidades que se deben tener en cuenta a la hora de hablar de la Biblia. Quiere ofrecer un mapa «físico» de cuáles son los campos de estudio y de trabajo que giran en torno a la Biblia hoy en día. Haremos, pues, una visita guiada en la que tomaremos conciencia de dónde están las cosas, qué relación guardan entre sí... Los detalles deberán ser objeto de un estudio más detenido en otro momento.

La sala 1: Las tradiciones orales y escritas previas a los libros bíblicos

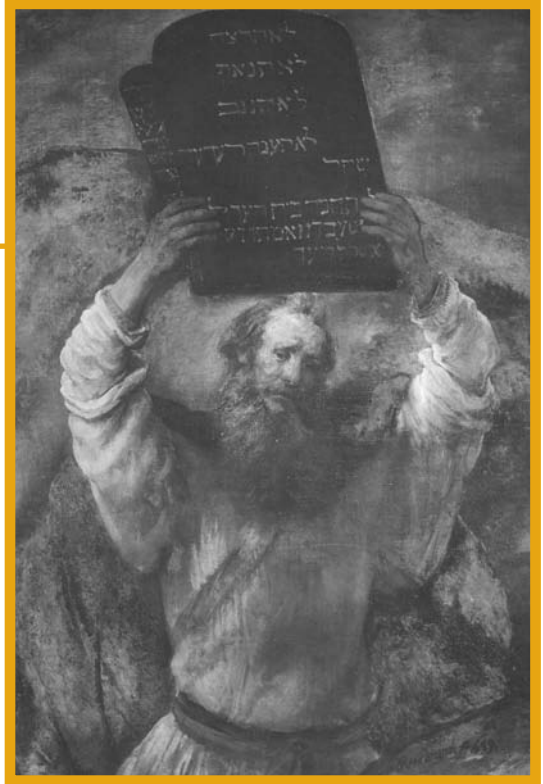
Tras salir de la sala 0, nos dirigimos a la izquierda, hasta la puerta siguiente, que da acceso a la sala 1. Entramos. Las paredes están totalmente cubiertas por estanterías. Dada su altura, el acceso a las de más arriba se realiza a través de galerías corridas, a las que se llega mediante dos escaleras situadas en dos de los ángulos de la sala. La distancia entre las baldas es escasa, porque lo que hay en las estanterías no son libros como los que manejamos hoy, sino discos compactos (en la pared de la izquierda) y rollos de pergamino y papiro (en las demás). En el centro hay varios paneles interactivos y ordenadores. Algunas vitrinas muestran diferentes utensilios usados en la antigüedad para escribir, y también materiales diversos que se empleaban como soporte de la escritura (piedra, metal, arcilla, trozos de cerámica, además del papiro y el pergamino, ya mencionados). También hay reproducciones de los primeros textos alfabéticos (proto-cananeos, del siglo XVII a.C.) y de otras formas alfabéticas que por diferentes conductos desembocaron en torno a los siglos XI-X a.C. en el fenicio (origen de la grafía hebrea y aramea), el griego (padre de la escritura etrusca y latina) y el árabe.

Lo que llena las estanterías son todas las fases orales y escritas que precedieron a los libros bíblicos tal como los conocemos: tradiciones orales breves o largas, puestas luego por escrito o no; textos que recogieron tradiciones más o menos antiguas y les dieron forma y orden (por ejemplo, las fuentes ya mencionadas J, P, E, D en el Pentateuco; el documento Q en los evangelios); pequeñas colecciones de materiales que sirvieron para diferen-

tes usos; las versiones anteriores a las que fueron definitivas de los libros bíblicos (cuya existencia resulta evidente al comparar la versión hebrea de Jeremías con la griega de los LXX, mucho más breve y con otro orden)...

Tanto los discos como los papiros y pergaminos están organizados en dos grandes secciones: AT y NT. La que más espacio ocupa en ambos casos es la dedicada al AT. La razón es evidente: es más extenso que el NT, y su pro-

La Ley de Moisés, el Pentateuco, recoge, como el resto de la Biblia, algunas de las tradiciones orales y escritas recogidas en la sala 1.



ceso de formación duró más tiempo. (Conviene recordar en este punto lo que ya dijimos en la lección anterior sobre las coordenadas histórico-sociales de la literatura bíblica: oral-escrita, pura-pragmática, anónima-de autor, abierta-cerrada...)

La mayoría de los paneles situados en el centro de la sala ofrecen información sobre los diferentes contextos vitales donde surgieron y se elaboraron las tradiciones orales y escritas recogidas en la estancia: circunstancias históricas concretas, momentos especiales de la vida corriente y la vida familiar, el culto y la liturgia, la instrucción de grupos proféticos o apostólicos, la catequesis y educación del pueblo, las necesidades de las cortes reales, el ámbito legislativo y forense, la misión, la resistencia...

En el lado derecho de la sala se encuentran varios paneles sobre la labor de los copistas... En los tiempos bíblicos no existían la imprenta ni las fotocopias. Los libros no eran como los actuales, de hojas sueltas de papel cosidas o pegadas por uno de sus extremos. Eran normalmente rollos de piel (pergaminos) o de tejido vegetal (papiro), sobre los que se escribía con un cálamo o pluma que permitía extender la tinta sobre la desigual superficie. En las vitrinas de la sala hemos visto ya ejemplos de todo ello. En esa época, cada ejemplar de una obra literaria debía ser copiado a mano, por lo que su difusión era lenta y costosa. Por esa razón, las comunidades sólo copiaban las obras que tenían verdadero interés para ellas. Las obras que no les interesaban, o eran contrarias a su sentir o pensar, quedaban abandonadas a su suerte. Con el paso de los años, los manuscritos originales se deterioraron hasta ser inutilizables, y

sólo sobrevivieron las obras valoradas, porque siguieron copiándose. Otra forma de influjo histórico-social en la literatura bíblica...

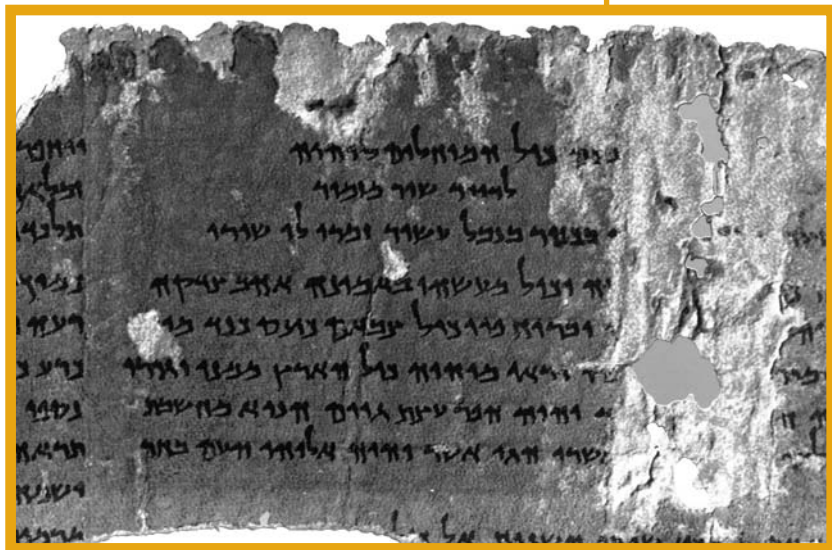
Esta información se encuentra junto a una puerta que une directamente la sala 1 con la sala 2.

La sala 2: Los manuscritos bíblicos y la crítica textual

Al entrar nos damos cuenta de que las estanterías sólo están ocupadas por manuscritos, en forma de papiro, de rollos de pergamino o de códice (volumen que presenta ya una estructura idéntica a los libros actuales). Son todos los manuscritos que se conservan (íntegros o fragmentarios) de los libros del AT y del NT.

En la parte del AT, que ocupa tres de las cuatro inmensas paredes de la sala, encontramos tres secciones. La primera recoge los manuscritos hebreos compuestos hasta el siglo I a.C. Éstos presentan numerosas variaciones, que sin embargo no afectan a la sustancia del texto. La segunda abarca desde el siglo I a.C. hasta el año 500 d.C. aproximadamente. Los manuscritos que contiene muestran ya un texto invariablemente transmitido con las mismas consonantes (debido a un proceso realizado por los sabios judíos desde finales del siglo I hasta bien entrado el siglo II d.C.). La tercera, que reúne los manuscritos compuestos entre el año 500 y el 900 d.C. aproximadamente, testimonia que en esa época el texto hebreo dejó de estar sujeto a variaciones incluso en las vocales, cuya forma gráfica y fijación definitiva se debe al trabajo paciente de los «masoretas». Por desgracia, estas tres secciones de la sala, lo mismo que la totalidad de los

Los abundantes manuscritos de los libros bíblicos se encuentran en la sala 2.



materiales recogidos en las estanterías de la sala 1, tienen una realidad meramente virtual. Hasta los descubrimientos de Qumrán en 1947, los manuscritos hebreos más antiguos de que disponíamos eran del siglo x. En Qumrán se encontraron manuscritos hebreos de todos los libros del AT excepto Ester. Se han datado entre el año 150 a.C. y el 70 d.C. Ocupan en esta sala una sección propia. Otra sección más ocupan los miles de fragmentos bíblicos recuperados de la Guenizá de El Cairo a finales del siglo XIX. Son textos de los siglos VI-VII d.C.

En la parte del NT encontramos unos 5.000 manuscritos que contienen en todo o en parte el texto griego

del NT. Están clasificados en cinco secciones según su presentación: papiros, códices unciales, minúsculos, leccionarios y fragmentos varios. La mayoría de ellos fueron escritos unos tres o cuatro siglos después de la redacción de los evangelios (es decir, datan de los siglos IV-V). Algunos distan de los originales sólo unos doscientos años (son del siglo III) e incluso los hay anteriores. Debemos pensar que muchas obras de los clásicos griegos y latinos nos han llegado en dos o tres copias medievales que distan de la obra autógrafa más de mil años. Es cierto, el autógrafo original de los libros del NT no se conserva, pero, a diferencia de lo que ocurre con los clásicos griegos y romanos, donde el editor se ve obligado con frecuencia a recurrir a «conjeturas» acerca del texto original, se puede decir con seguridad que, en la inmensa mayoría de los casos, la lectura original del texto del NT se ha conservado siempre en uno o en varios manuscritos. La mayor parte de las variantes que esos 5.000 manuscritos presentan entre sí afectan a la ortografía, a cuestiones gramaticales o de estilo; nunca a cuestiones sustanciales del dogma cristiano.

Como se puede deducir de cuanto acabamos de decir, el proceso de reproducción de un manuscrito tenía sus riesgos. El copista podía cometer errores de transcripción que alteraban la obra. Pero no sólo eso. En algunas ocasiones, el copista añadía algo al texto original, por diversas razones. De hecho, contamos con muchos ejemplos en la Biblia. Basten sólo dos. El final del evangelio de Marcos (16,9-20) fue añadido al texto original en el siglo II. Pero se admite como perteneciente al canon y, por tanto, se reconoce su inspiración. Por otro lado, en el texto latino de la primera carta de Juan se mantuvo

durante siglos un añadido tardío, sin base en los manuscritos griegos más antiguos. La inserción no es canónica ni está inspirada. Se encontraba entre los versículos 7 y 8 del capítulo 5. La transcribo entre corchetes:

«Pues tres son los que dan testimonio [en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres son uno; y tres son los que dan testimonio en la tierra]: el Espíritu, el agua y la sangre, y estos tres son uno».

A alguien puede sorprenderle esta «falta de respeto» al texto sagrado, que llega a modificarlo o incrementarlo. Que esta práctica era frecuente lo atestigua Ap 22,18-19:

«Yo advierto a todo el que escuche las palabras proféticas de este libro: Si alguno añade algo sobre esto, Dios echará sobre él las plagas que se describen en este libro. Y si alguno quita algo a las palabras de este libro profético, Dios le quitará su parte en el árbol de la Vida y en la Ciudad Santa, que se describen en este libro».

Este texto del Apocalipsis nos da una pista para entender la presunta «falta de respeto». Se insiste dos veces en que el libro y las palabras que contiene son proféticos, es decir, proceden de Dios. Añadir o quitar algo de él equivale a tergiversar la palabra de Dios. El autor del Apocalipsis es consciente del valor divino de su obra. Pero la cuestión es: ¿a partir de qué momento fueron considerados canónicos los libros que hoy consideramos sagrados? La lista de libros sagrados de los judíos quedó cerrada a finales del siglo I de nuestra era. Entre los cristianos, la primera declaración oficial de la Iglesia respecto a los libros del AT se produjo a finales del siglo IV. En cuanto a los del NT, la unanimidad fue total en la Iglesia a partir del año 450.

Los monitores de ordenador de la sala 2 ofrecen información exhaustiva sobre las variantes existentes entre los distintos manuscritos del AT y del NT. Los paneles interactivos exponen los tipos de variantes y sus causas, así como las reglas y los procedimientos de la crítica textual, la ciencia que persigue establecer un texto lo más cercano posible al original.

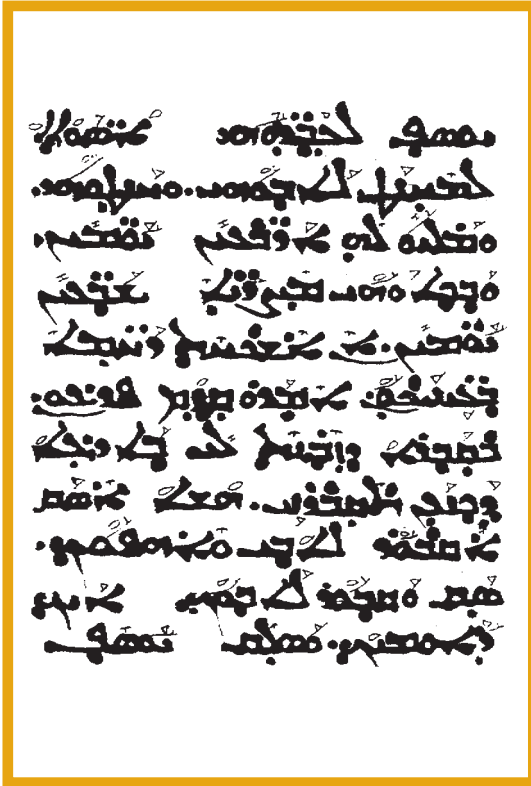
Las vitrinas repartidas por la sala muestran diferentes ejemplos de manuscrito del AT y del NT: diferente época, diferentes «familias» (en el caso de NT: alejandrino, oriental [Cesarea y Antioquía], occidental), diferentes materiales (sobre todo el papiro, escrito sólo por una cara, y el pergamino, por las dos), diferente escritura (según las épocas y las escuelas), diferente tipo de letra (mayúscula, minúscula o cursiva, cuadrada, picuda...), diferente presentación (por ejemplo, códices y rollos) y diferente distribución del texto (columnas, sin separar las palabras...).

La sala 3: Las versiones (traducciones) de los libros bíblicos

También a la sala 3 se puede acceder directamente desde la sala 2. Encontramos la misma estructura de baldas en todas las paredes, con el centro ocupado igualmente por paneles interactivos, vitrinas y pantallas de ordenador. Lo que nos rodea son manuscritos y textos impresos de las diversas versiones (traducciones) de la Biblia, desde las más antiguas (como el Pentateuco samaritano, los Setenta, la Peshita o la Vulgata) hasta las más modernas (como la Biblia del Peregrino o la Biblia de Jerusalén). Los materiales están ordenados por lengua y antigüedad.

En los ordenadores situados en el centro se encuentra abundante información sobre la importancia de las versiones antiguas para las labores de la crítica textual. En ocasiones pueden ayudar a establecer el texto original del AT o del NT.

En algunos paneles interactivos de la sala se explica la distinción entre libros protocanónicos y deuterocanónicos. Los primeros han sido admitidos siempre sin discu-



La versión siríaca de la Biblia es sólo una de las numerosas traducciones totales o parciales de la Escritura que se recogen en la sala 3.

sión como bíblicos; los segundos no lo han sido siempre. Los deuterocanónicos del AT no son considerados canónicos por los judíos y los protestantes (que los llaman «apócrifos»). Los deuterocanónicos del AT son: Tobías, Judit, 1 y 2 Macabeos, Baruc, Eclesiástico, Sabiduría y algunas partes de Ester y Daniel. Los del NT (que sí son admitidos como canónicos por los protestantes) son: Hebreos, Santiago, 2 Pedro, 2 y 3 Juan, Judas y Apocalipsis.

En otro grupo de paneles interactivos encontramos las diferentes listas de libros bíblicos de las versiones de la Biblia presentes en la sala. Las diferencias se centran en el AT. La comparación entre tres versiones españolas modernas resulta instructiva. La Biblia de Jerusalén presenta el orden tradicional en la Iglesia: Pentateuco, Libros históricos (incluyendo Rut, Tobías, Judit y Ester), Lírica, Libros sapienciales y Libros proféticos. La Biblia del Peregrino ofrece en cambio este orden: Pentateuco, Historia, Narraciones (Rut, Tobías, Judit, Ester), Profetas, Poesía, Sapienciales. Finalmente, La Biblia de La Casa de la Biblia coloca los Escritos proféticos después de los históricos y antes de los Otros escritos (donde se distinguen Escritos poéticos y Escritos sapienciales). Rut se desplaza del lugar tradicional que ocupa dentro del grupo de Escritos históricos (entre Jueces y 1 Samuel) para situarlo entre Nehemías y Tobías. Ninguna de las tres versiones presenta los libros en el mismo orden exactamente...

La cosa no es nueva. Ya entre el orden de la Biblia hebrea y el de los Setenta (LXX), su versión griega (siglos III-II a.C.), existen diferencias importantes, más notables que entre las versiones modernas que acaba-

mos de mencionar. El orden de la Biblia hebrea es el siguiente: Ley (el Pentateuco), los Profetas (anteriores: Josué, Jueces, Samuel, Reyes; y posteriores: Isaías, Jeremías, Ezequiel y los Doce profetas) y los Escritos (Salmos, Job, Proverbios, Rut, Cantar de los Cantares, Eclesiastés o Qohélet, Lamentaciones, Ester, Daniel, Esdras-Nehemías, Crónicas). Éste es el orden y la lista que siguen las versiones protestantes del AT. Los LXX, por el contrario, sólo distinguen dos apartados: el primero, Legislación e historia; el segundo, Poetas y profetas. Esta Biblia, destinada a los judíos de la diáspora, comprende, en un orden que varía según los manuscritos y las ediciones, los siguientes libros:

1. Los de la Biblia hebrea traducidos al griego con algunas variantes, omisiones y adiciones (importantes en los libros de Ester y de Daniel).

2. Algunos libros que no pertenecen a la Biblia hebrea (varios de ellos reflejan un original hebreo o arameo) y que fueron incorporados al canon cristiano (los «deuterocanónicos»).

3. Algunos libros que, aun habiendo sido utilizados en ocasiones por los Padres o los antiguos escritores eclesiásticos, no fueron admitidos por la Iglesia cristiana (éstos son los «apócrifos» para los católicos): 1 Esdras, 3 y 4 Macabeos, Odas, Salmos de Salomón.

¿CÓMO SE LLEGÓ A ESTABLECER EL CANON DE LA ESCRITURA?

Si volvemos la vista atrás, nos daremos cuenta de que es necesario hacer síntesis. En la sala 0 hemos visto el

proceso «exterior» de formación de la Biblia. En las salas 1, 2 y 3 hemos observado el complejo aspecto «interior» de dicho proceso. Pero ¿cómo se produjo globalmente el establecimiento del canon?

La Biblia, como hemos visto, nació y creció en una comunidad que además la aceptó como sagrada. La conciencia de que existía una literatura normativa dentro de esa comunidad parece muy antigua. Su raíz es la sumisión a la palabra de Dios, expresada no sólo como palabra oral, sino también escrita.

En determinados momentos, esa conciencia de estar ante una literatura normativa se agudiza, especialmente en el caso de la Ley (por ejemplo, en tiempos de reformas o de restauración). Parece que ello se produce en momentos en que está en peligro la identidad religiosa de la comunidad (el exilio; la destrucción del Templo de Jerusalén; ante la necesidad de distinguir entre judíos y cristianos; en la crisis marcionita y montanista, entre los cristianos). En tales situaciones, la comunidad (judía o cristiana) reacciona afirmando su identidad con las primeras tradiciones, que considera procedentes de Dios, y tomando como punto de referencia una escritura o una tradición oral ya existente. Ésta, mediante las oportunas acomodaciones al momento histórico, refleja fielmente esas tradiciones tal como las vive la comunidad según la interpretación de sus órganos autorizados.

Esa conciencia del carácter normativo de una Escritura sagrada no supone, pues, en principio añadir ninguna escritura nueva, aunque a veces lleve consigo una interpretación actualizada de la escritura o tradición antiguas. En ambos casos se trata de expresar el

reconocimiento de que en esas Escrituras se encuentra la expresión auténtica de la tradición del fundador (Moisés, los profetas, Jesús) y de la tradición antigua que lo expresa. Éste parece ser el criterio en función del cual se señalarán, al final de este proceso de creación de una conciencia normativa, los libros concretos que serán a su vez canónicos y normativos.

Así pues, la aparición de una literatura canónica parece provenir de la confrontación entre la comunidad, en la que perviven determinadas tradiciones antiguas, y los escritos en que ella encuentra reflejadas tales tradiciones. Todo ello a través de intrincados procesos históricos y, como veremos en la próxima lección, con la guía del Espíritu Santo en la Iglesia.

LA BIBLIA, RESTOS DE UN NAUFRAGIO Y SIGNO DE PERMANENCIA

Llegados a este punto de nuestro recorrido, percibimos claramente la complejidad del proceso histórico y literario que hemos contemplado. Desde el origen del universo y de la humanidad hasta hoy, hemos asistido a un gran naufragio constante y dilatado: ¿dónde están los mundos desaparecidos engullidos por los agujeros negros, las especies de seres vivos que se extinguieron hace millones de años, los antecesores del ser humano, las pequeñas y grandes civilizaciones de las que en el mejor de los casos nos quedan casi únicamente ruinas?, ¿dónde están tantos movimientos, luchas, intereses, pasiones y afanes que agitaron a los seres humanos a lo largo de los siglos?, ¿dónde están nuestros antepasados, los miles y miles de personas que han hecho posible nuestra existencia personal?

Llegamos a la ribera de la vida como náufragos de la historia. Allí, en esa tierra provisionalmente firme se alza como resto incommovible del gran naufragio de la creación y de la historia la Biblia. En ella, en su historia social y literaria podemos percibir un crecimiento constante, frágil y limitado, pero poderoso e imparabile: Dios se ha hecho cada vez más presente al ser humano de muchas maneras.

Una de ellas, fundamental, es precisamente la Biblia, con su larga prehistoria, su vitalidad desbordante que ha superado fronteras y lenguas para llegar a todos en toda su riqueza y multiplicidad inabarcable. Así es símbolo perfecto de la presencia de Dios entre nosotros. Esa presencia fue sentida en la Biblia de manera especial. Los creyentes judíos y cristianos llegaron al convencimiento de que esos libros que formaban su canon sagrado estaban inspirados por Dios, eran realmente palabra de Dios. De esta convicción hablaremos en nuestra próxima lección.

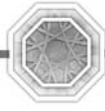
BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA

A. M. Artola – J. M. Sánchez Caro, Biblia y Palabra de Dios, Introducción al estudio de la Biblia 2, Verbo Divino, Estella 1990.

J. González Echegaray y otros, La Biblia en su entorno, Introducción al estudio de la Biblia 1, Verbo Divino, Estella 1990.

J. P. Tosaus, La Biblia como literatura, Verbo Divino, Estella 1996.

l octógono sagrado



3

LA BIBLIA, LIBRO QUE MANCHA LAS MANOS

INTRODUCCIÓN

En la lección anterior recorrimos cuatro salas del octógono sagrado que hemos tomado como hilo conductor en la exposición de nuestra sucinta introducción a la Biblia. Tras atravesar a velocidad de vértigo la «historia del tiempo» hasta llegar a nuestros días (sala 0), paseamos entre las tradiciones orales y escritas anteriores a los libros bíblicos (sala 1), entre los manuscritos que los conservan (sala 2) y junto a las versiones que desde la antigüedad hasta hoy se han hecho de ellos (sala 3). En nuestras reflexiones finales descubríamos el nervio que vinculaba la historia «exterior» de la Biblia con su historia «interior»: la comunidad creyente reconoce en esos escritos la expresión fidedigna de su fe, conservada en su tradición. Y decíamos también que ese largo proceso de confrontación se realizaba en la Iglesia con la guía del Espíritu Santo. Lo que la Iglesia acaba afirmando sobre la Biblia es que está inspirada por Dios, es verídica y es normativa o canónica. De este último aspecto hablamos en la lección anterior. Del segundo hablamos también ya en la primera lección al

abordar la cuestión de la historicidad de la Biblia. En la presente lección vamos a ocuparnos de los libros bíblicos en cuanto inspirados o, dicho con una peculiar expresión judía, en cuanto libros que manchan las manos.

Pero antes de entrar de lleno en el tema conviene que visitemos otras dos salas de nuestro octógono...

LAS DOS SALAS SIGUIENTES DEL OCTÓGONO

Los libros bíblicos nacen en un contexto geográfico, histórico, social y literario concreto. No son impermeables a su entorno ni dejan de producir efecto en él. Han sufrido influencias y las han ejercido, han compartido con otras obras convenciones y tradiciones literarias.

La sala 4: El contexto geográfico, histórico y literario de la Biblia

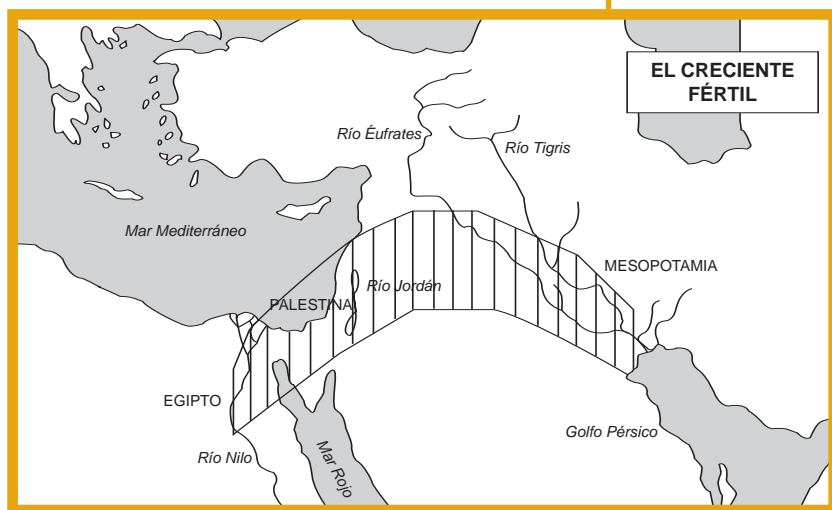
Entramos a la sala 4 directamente desde la sala 3. Lo primero que llama la atención es que la pared de la izquierda (la del fondo si se entra desde el recinto central del octógono) está ocupada por un mapa físico inmenso que abarca el Mediterráneo oriental y hasta lo que hoy es Irán. Todo él está lleno de nombres y lucecitas de diferentes colores, que representan ciudades, pueblos y aldeas antiguos y actuales, yacimientos arqueológicos de distintas épocas y culturas, campos de batalla y otros lugares de interés. En el centro de la sala hay un panel de mandos que permite seleccionar la información que queremos que el mapa muestre. Una aplicación interesante es la «presentación histórica»: si nos ponemos los auriculares, escucharemos la historia

de los cambios sucesivos de civilización que se produjeron en toda esa inmensa región, al tiempo que los iremos viendo reflejados en el mapa mediante diferentes recursos gráficos (flechas, cambios de color, resaltado, iluminación selectiva de las lucecitas que llenan el mapa...). Existe también la posibilidad de restringir esta aplicación a una zona más pequeña dentro de la región. La audición es en todo caso sumamente instructiva para entender muchas cosas del entorno de la Biblia: Palestina como encrucijada de caminos en el centro de una especie de «media luna fértil», el imperio egipcio como contrapeso continuo de los grandes imperios mesopotámicos (Asiria y Babilonia), la influencia de esas tensiones de poder en la historia de Israel, el gran cambio que supuso la irrupción del imperio persa, la omnipresencia de Grecia antes ya de Alejandro Magno y sobre todo después de él, la desmembración de su imperio y las consecuencias que tuvo en Palestina, la llegada de los romanos y los profundos cambios socio-económicos que provocó...

También hay algunos paneles interactivos asociados al mapa que ofrecen información arqueológica, sociológica, económica, política, cultural y antropológica sobre las diferentes zonas geográficas.

Las demás paredes de la sala están cubiertas por estanterías. En todas ellas hay obras literarias, aunque su soporte, lengua, antigüedad y procedencia varía mucho. Algunas que por su tamaño (obeliscos, paredes de palacios o templos...) no caben físicamente, se encuentran visibles en las diferentes pantallas de ordenador de la sala. Lo que encontramos aquí reunido es toda la literatura antigua de la región del mundo representada en el gran mapa del fondo. Es decir, el contexto

El «Creciente fértil» es el principal escenario geográfico del que nos hablan los materiales recogidos en la sala 4.



literario en el que nació la Biblia. Pero ¿quién puede empezar a leer por la primera balda de la primera estantería y acabar por la última de la última? Las obras no sólo están escritas en lenguas diferentes (egipcio, sumerio, acádico, griego, persa, latín, fenicio, diferentes ramas de arameo, eblaíta, siríaco, copto...), sino también con diferentes sistemas de escritura (jeroglífica, demótica, cuneiforme o las múltiples formas de escritura alfabética). Uno renuncia de antemano a intentar tal lectura íntegra...

Pero la sala está preparada para facilitar la adquisición de conocimientos en todos los grados de aprendiza-

je: diversos paneles interactivos proporcionan información sobre los distintos bloques de libros bíblicos y las influencias, convenciones y tradiciones literarias que han recibido y comparten con algunas de las obras reunidas en la sala. Encontramos paneles sobre el AT: Pentateuco, los libros Históricos, los Poéticos y Sapienciales y los Proféticos. Y también sobre el NT: Evangelios, Hechos, Cartas y Apocalipsis. Al pulsar los diferentes botones de cada panel van apareciendo numerosos contactos (convenciones y tradiciones literarias compartidas, las más de las veces; influencias, en algunos casos): la pantalla muestra los textos bíblicos en cuestión junto con los textos extrabíblicos que guardan relación con ellos; nos informa de en qué consiste el «paralelo» y dónde estriba la diferencia; da la signatura de los materiales utilizados, y éstos se iluminan automáticamente en su balda cuando así se solicita.

Muchas de las vitrinas exponen algunos de los elementos culturales que iluminan el proceso histórico y cultural en el que se inserta la Biblia. Allí podemos contemplar, entre otras muchas cosas, una reproducción de la inscripción de Tutmosis III en los muros del templo de Karnak (siglo XV a.C.), las cartas de Tell El-Amarna (siglo XIV a.C.), la estela de Mernefta (siglo XIII a.C.), la estela de Mesá (siglo IX a.C.) y otras muchas estelas e inscripciones de diferente distinta antigüedad y procedencia, algunas de la época del NT, como la inscripción de Cesarea donde aparece el nombre de Poncio Pilato y la inscripción de Delfos que sirve para fijar la cronología de Pablo.

La sala 5: La literatura parabíblica

La puerta que da paso directamente a la sala 5 introduce en un ambiente distinto, aunque no menos internacional, pues es el fruto de la diáspora judía y cristiana. Las estanterías que cubren las paredes de la estancia están llenas de rollos y libros escritos en diferentes lenguas, principalmente hebreo, arameo, griego, latín y copto. Se trata de lo que podríamos llamar literatura «parabíblica»: no son libros bíblicos, pero se asemejan a ellos (por influencia directa, convención o tradición literaria) o se ocupan directa o indirectamente de ellos. Son obras antiguas: muchas de ellas proceden de la época de formación de la Biblia como tal.

Los materiales se dividen en dos partes bien diferenciadas: AT y NT. La sección llamada «AT», que ocupa más de las tres cuartas partes de las baldas, contiene literatura vinculada de un modo u otro con esa primera parte de la Biblia. Esta sección se divide a su vez en cuatro subsecciones.

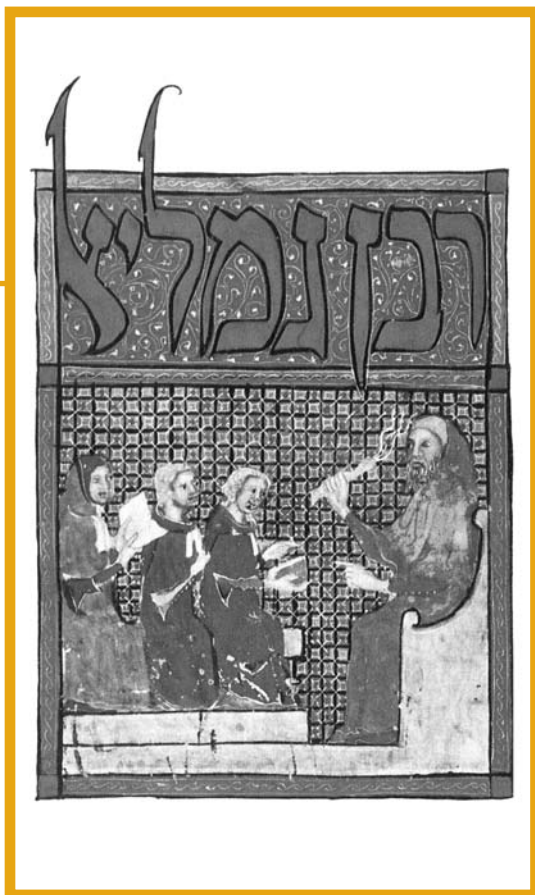
Apócrifos del AT

La primera está dedicada a los libros apócrifos («pseudepígrafos» para los protestantes). Son libros que presentan ciertos parecidos con los escritos canónicos del AT, pero no fueron admitidos como tales.

Los apócrifos del AT han sido conservados únicamente por la tradición cristiana. Pueden dividirse en tres grupos, según su género literario: históricos, proféticos (o apocalípticos) y didácticos (o morales).

Como sucede con todas las subsecciones de esta sala, el visitante tiene a su disposición paneles interactivos

La actividad en torno a la Biblia de numerosos sabios, pensadores y escritores del pueblo de Israel y de la Iglesia cristiana dio como fruto los materiales de la sala 5.



que informan sobre cada uno de los libros y también pantallas de ordenador donde puede leerlos en lengua original con traducción a distintos idiomas. Asimismo, en algunas vitrinas se muestran ejemplares de diversas obras representativas de las diferentes subsecciones.

Literatura no bíblica de Qumrán

La segunda subsección la ocupa la literatura de Qumrán de carácter no estrictamente bíblico. La comunidad de Qumrán, asentada junto al mar Muerto, produjo abundante literatura entre los siglos II a.C. y I d.C.

Al margen del valor de sus manuscritos bíblicos para la crítica textual del AT (de la que hablamos ya en la lección anterior), la importancia de su obra literaria es enorme para la comprensión del judaísmo y de los escritos del NT.

Sus géneros literarios varían. Hay reglas, textos haláquicos (comentarios de normas legales), literatura de contenido escatológico, exegética, parabíblica, escritos poéticos, litúrgicos, textos astronómicos, calendarios y horóscopos, etc. Si nos centramos en las obras más importantes, podemos distinguir tres grandes bloques: las reglas, las interpretaciones bíblicas y los textos poéticos y litúrgicos.

Literatura targúmica

La tercera subsección la forma la literatura targúmica. Los targumes son traducciones arameas del texto hebreo del AT, realizadas oralmente en el servicio litúrgico de la sinagoga. Su finalidad era facilitar la comprensión del texto sagrado a los fieles. Su origen debe situarse en la época persa, cuando buena parte del pueblo israelita hablaba ya arameo y tenía dificultades para entender el hebreo. Probablemente, en torno al siglo V a.C.

La traducción no podía ser escrita, para evitar su confusión con el texto bíblico. Se transmitía por tradición oral. No pretendía ser una traducción literal. Era siempre una actua-

lización del texto bíblico de acuerdo con las necesidades concretas de la comunidad a la que se dirigía. Incorporaba, además, elementos interpretativos propios de las comunidades, que transmitían la interpretación oral del AT.

Esta actividad cuajó en diversos targumes que terminaron por escribirse: el Targum del Pentateuco, del que se conservan dos versiones básicas, la palestinese (Targum Pseudo-Jonatán, Targum fragmentario, Fragmentos de El Cairo y Códice Neophyti I) y la babilónica (Targum Onquelos); el Targum de los Profetas (anteriores y posteriores); y el Targum de los Escritos.

Literatura rabínica

La cuarta y última subsección de la sección AT es muy amplia. Recoge la literatura rabínica. La gran actividad literaria de los rabinos judíos puede clasificarse en dos líneas básicas.

La primera se dedica a la interpretación del texto bíblico, tanto en sus prescripciones legales (aspecto haláquico) como en sus elementos narrativos (aspecto hagádico). Ésta es la literatura midrásica o exegética.

La segunda se ocupa de compilar y catalogar la ley oral, sin que la referencia al texto bíblico sea relevante, aunque se dé. Ésta es la literatura misnaica y talmúdica.

De ahí que esta subsección conste de dos partes: los midrases, por una parte, y la Misná y el Talmud, por otra.

a) Midrases

Los midrases son obras literarias de tipo exegético. Podemos distinguir dos grandes clases.

Los tanaíticos, compuestos en los siglos I y II d.C., comentan versículo por versículo los libros del Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio. Se conservan íntegros cuatro: Mekilta de R. Yismael (sobre Ex 12-23), Sifrá (comentario al Levítico), Sifré Números (comentario a Números 5-36) y Sifré Deuteronomio (comentario a Deuteronomio 12-34).

Los homiléticos, más tardíos que los tanaíticos, parten de un problema legal, que resuelven recurriendo a los textos de las lecturas litúrgicas. Las colecciones más importantes son: Pesikta de Rab Kahana (homilías sobre las lecturas de las fiestas y de once sábados especiales), Pesikta Rabbati (colección para fiestas y sábados, más tardía que la anterior) y Tanhuma (homilías sobre todo el Pentateuco, siguiendo el ciclo sinagagal).

b) Misná y Talmud

La otra actividad rabínica, la compilación y clasificación de la legislación oral, dio como resultado final el Talmud. Pero todo comenzó con la Misná («repetición»), compuesta a finales del siglo II d.C. En sus 63 tratados se conserva la praxis legal que estaba en uso en Palestina en aquella época. Poco después, se compuso un complemento a la Misná, la Tosefta («añadidura»), que tiene una estructura similar a la Misná.

Los rabinos posteriores comentaron la Misná, y sus comentarios se convirtieron en la Guemara («complemento»), especie de suplemento de la Misná. Hay dos tipos de Guemara: la jerosolimitana, que es parcial, no comenta toda la Misná, y la babilónica, que está completa.

La suma de la Misná y la Guemara es el Talmud. Pero como hay dos Guemaras, hay dos Talmudes. Uno es el Talmud palestinese (o jerosolimitano), compuesto en la segunda mitad del siglo IV. Otro es el Talmud babilónico, terminado a finales del siglo VI. Como puede deducirse de lo dicho, el más completo es el babilónico. De ahí que cuando se habla sin más del Talmud, se suele aludir a éste.

Los apócrifos del NT

En la pequeña sección que la sala dedica a las obras «paralelas» de algún modo al NT, encontramos los apócrifos, divididos en tantas subsecciones como bloques tiene el NT: Evangelios, Hechos, Cartas y Apocalipsis.

Una palabra especial merece la subsección de los evangelios. Una parte de ellos pretende comunicar, como los evangelios canónicos, la enseñanza de Jesús. Un segundo bloque son los «evangelios ficción», que intentaban contar lo que los anteriores habían silenciado, para satisfacer la curiosidad del pueblo cristiano sobre José y María, la infancia de Jesús y, en menor grado, su pasión. Un tercer bloque es el de los evangelios gnósticos: el Evangelio de Tomás (siglo III, sobre fuentes más antiguas); el Evangelio de la Verdad (siglo II); el Evangelio de Felipe (posterior al de la Verdad), etc. El gnosticismo era una corriente de pensamiento religioso que consideraba el «conocimiento» («gnosis») el único medio de salvación. Dicho conocimiento sólo era accesible a los escogidos, los «espirituales». Esta corriente se sistematizó en el siglo II.

Los apócrifos prolongan el NT de una forma que tiene, a veces, cierto valor teológico, pero que a menudo

deriva también hacia la curiosidad vana e incluso hacia el mal gusto. Su contribución artística no es despreciable: las huellas de los evangelios y los apocalipsis apócrifos pueden rastrearse en muchos Padres orientales y en la literatura y el arte medievales. Pero su valor es el de elemento cultural, no el de transmisor de la fe.

Al asumir los mismos géneros literarios del NT, los apócrifos puestos bajo el nombre de apóstoles representaban un peligro de confusión doctrinal. Ello motivó la búsqueda y recopilación de los escritos en los que las iglesias encontraban la auténtica tradición apostólica. De este modo, los apócrifos, sobre todo los gnósticos, contribuyeron, en forma negativa, a la formación del canon del NT.

REFLEXIÓN TEOLÓGICA

Terminado nuestro recorrido por las salas 4 y 5, advertimos cómo la Biblia se yergue en medio de un campo literario inmenso, lleno de referencias cruzadas, de influencias, de convenciones y tradiciones literarias. Para nosotros es fácil distinguirla de su entorno: la encontramos ya delimitada y cerrada. Pero en la lección anterior vimos que el proceso de formación del canon fue largo y estuvo guiado por la laboriosa confrontación realizada por la comunidad creyente entre su tradición de fe y las formulaciones escritas de dicha tradición. El resultado fue el canon: la lista de libros sagrados normativos para la Iglesia porque, según la fe, están inspirados por Dios.

Debemos dar, pues, un paso más y preguntarnos qué quiere decir la Iglesia cuando afirma esa inspiración divina.

La inspiración de la Biblia según la Biblia

El AT sobre el AT

En Israel se consideraban palabra de Dios: la Ley (mandamientos divinos puestos por escrito: Éx 24,3-4.7; palabras escritas a las que está prohibido quitar o añadir nada: Dt 4,2; 13,1); las palabras de los profetas (dichas oralmente o puestas por escrito: Jr 36: Ez 2.3-3,11); las palabras de los sabios, pues la sabiduría se identifica con la Ley, con la palabra de los profetas y la palabra misma de Dios.

Al final del período veterotestamentario, las Escrituras judías constituyen una colección diferenciada de otros escritos y son consideradas sagradas (véanse 1 Mac 12,4; 2 Mac 2,13; 8,23). Israel manifiesta la conciencia de poseer libros sagrados dotados de autoridad absoluta, en cuanto depositarios auténticos de la palabra de Dios. En relación con la redacción de esos libros, el AT habla de la intervención de personas concretas movidas por el Espíritu de Dios, pero no contiene descripciones explícitas del papel de esos autores humanos (véanse, sin embargo, 2 Mac 15,18 y el prólogo del Sirácida o Eclesiástico).

El NT sobre el AT

Jesús y los apóstoles consideran que el conjunto del AT posee una autoridad divina (véanse Mt 4,4-10; Jn 5,39; 10,35 y, especialmente, 2 Tim 3,16; 2 Pe 1,20-21; 2,15-16). También se afirma, por otro lado, que en su composición han intervenido activamente los seres humanos (véanse Mt 1,22ss; Mc 12,36ss).

El NT sobre el NT

En el NT se reconoce que Jesús se sitúa en el mismo plano que Yahvé, y su palabra es considerada sagrada como la de Yahvé mismo (Jn 1,14; Heb 1,1-2). Pero no sólo es sagrada la tradición de Jesús (la iniciada por Jesús antes de la Pascua), sino también la de los apóstoles, que es tradición acerca de Jesús (1 Tes 2,13). También tienen carácter sagrado los escritos de los apóstoles (no sólo sus palabras) (2 Tes 2,15; 1 Tim 1,18).

La conciencia de que los escritos apostólicos están en el mismo plano que los del AT está claramente atestiguada en 2 Pe 3,14-16 (véase también Ap 22,18-19, texto que comentamos en la lección anterior y que aplica al contenido del último libro de la Biblia el mismo tratamiento que el Deuteronomio da a las palabras escritas de Yahvé en Dt 4,2; 13,1).

La inspiración de la Biblia según la Iglesia

Los Padres de la Iglesia

Para los Padres de la Iglesia, tanto Dios como el hombre son autores de la Escritura. Para explicarlo recurren a diversas analogías, cada una con sus ventajas e inconvenientes...

a) El escritor sagrado como «instrumento» de Dios (instrumento musical, pluma de escribir...). Esto subraya dos aspectos importantes del papel del ser humano: colabora con Dios y condiciona su acción; pero tiene el peligro de entender el papel del autor humano como meramente pasivo.

b) La inspiración como «dictado» (en la tradición latina a partir del siglo II). Subraya la primacía de la activi-

dad divina, pero tiene el peligro de convertir al escritor humano en mero amanuense. Ahora bien, el término latino *dictare* se usa con significados muy diversos, que van desde el sentido moderno de la palabra hasta el de mandato o simple sugerencia.

c) Los textos inspirados como «carta» o «mensaje» de Dios. El autor humano se equipara al mensajero. En la antigüedad, éste podía ser un simple «correo», un «heraldo» o «pregonero», o bien un «embajador» que junto con el mensaje recibía la libertad para exponerlo de la manera más conveniente. Sólo en este último sentido se puede afirmar que el autor sagrado es un mensajero.

d) La imagen del «autor». Para combatir las herejías dualistas (gnosticismo, maniqueísmo), los Padres sostu-

El autor inspirado vive un proceso vital, personal y comunitario, que le lleva a escribir para su comunidad de fe con una iluminación especial de Dios.



vieron que Dios es el autor de ambos Testamentos. El término «autor» entró posteriormente en la teología y en los documentos del Magisterio, pero no se ha de entender en el sentido de que Dios sea autor literario de la Biblia.

La escolástica

La teoría de esta corriente teológica acerca de la inspiración se basa en la doctrina de santo Tomás sobre la profecía.

Según la escolástica, la inspiración consiste en el hecho de que Dios, como agente o causa principal, mueve sobrenaturalmente al ser humano para que, como agente instrumental vivo, conciba el libro, se decida a escribirlo y lo escriba de hecho.

En este proceso, las diferentes facultades del ser humano están bajo la influencia del Espíritu Santo: su mente recibe iluminación; su voluntad, moción; sus sentidos, asistencia.

El Magisterio

Vamos a centrarnos únicamente en el Concilio Vaticano II.

En el texto definitivo (Dei Verbum 11) se renunció a definir la inspiración. Se hace sólo una descripción de ella. También se prescindió de la concepción escolástica y neotomista, para no decantarse por una escuela teológica particular ni coartar la libertad de investigación en este campo.

El concilio acepta la expresión tradicional de Dios «autor» de los libros sagrados, pero con una formulación que no deja duda alguna sobre la condición de autor literario de los escritores «sagrados» (son «verdaderos autores»).

Se recoge también la referencia a la instrumentalidad de los hagiógrafos, pero sin utilizar el término «instrumento» y acentuando la plena responsabilidad de los escritores sagrados, lo cual indica el interés del concilio en no minimizar la aportación de los autores humanos.

Síntesis

Ante todo, indiquemos algunas ideas erróneas acerca de la inspiración... No es un dictado en el sentido moderno del término. Tampoco separa al autor inspirado de los demás llevándolo a un diálogo solitario con Dios. No cabe aplicarla sólo a una parte de la Biblia. Por último, tampoco entraña necesariamente una revelación inmediata por parte de Dios.

De manera positiva podemos decir que la inspiración se extiende: a todas las facultades del hagiógrafo (fantasía, sensibilidad, inconsciente, sentidos...); a todo el contenido de la obra (tanto en su contenido como en su formulación); a todas las personas que contribuyen a la formación del escrito (no sólo al redactor final, sino a cuantos han vivido la intuición y a todos cuantos la han expresado literariamente, en forma oral o escrita, hasta el último amanuense que escribe al dictado del autor inspirado).

Perfil vital de un autor inspirado

Tras exponer brevemente la «teoría» sobre la inspiración, no vendrá mal hablar también un poco de la «vida» de las personas inspiradas. No se trata de hacer su biografía, sino de trazar su «perfil vital»; es decir, las características fundamentales que comparten en su vida precisamente por su condición de autores inspirados.

El autor inspirado es engendrado a la fe en el seno de una comunidad creyente. Su iniciación religiosa le permite en un momento dado trasponer el umbral de la sala 0 y llegar al centro del octógono sagrado. Allí se encuentra con la presencia de Dios en lo íntimo de su persona y, de manera especial, en la palabra divina, oral y escrita.

Su vida va quedando impregnada y estructurada por la fe. Medios privilegiados de este proceso son: la lectura y estudio de las palabras de Dios conservadas en la comunidad; la meditación y contemplación de los hechos y las palabras de Dios en la historia y en medio de la propia vida; y el diálogo apasionado con Dios en la oración, oración que parte siempre de su realidad personal y comunitaria.

Con todo ello, el futuro autor inspirado va adquiriendo una visión de fe cada vez más aguda y perspicaz. Su progresiva asimilación de los hechos y palabras divinos le permite ver «desde Dios» todas las cosas: la relación entre Dios y el pueblo, y entre el pueblo y el resto de la humanidad; el bien y el mal; la vida y el mundo.

Poco a poco va tomando cuerpo en él la suave convicción de que ha de servir a la comunidad de fe poniendo por escrito su visión de fe. En esta actividad pone en juego todas sus capacidades: las que le brinda

su preparación remota (su formación y su cultura, su experiencia y conocimientos de la vida, su vivencia religiosa...) y las que moviliza para llevar a cabo la preparación próxima (es decir, decidir qué ha de escribir, cómo escribirlo y en qué orden).

Finalmente emprende la tarea efectiva de componer su obra, obra que, como su misma vida de fe, va a tener una dimensión comunitaria irrenunciable: recibirá su sentido de la comunidad, será acogida y utilizada por ella y, en numerosas ocasiones, será prolongada, revisada y complementada por otros miembros de esa misma comunidad.

El Espíritu Santo acompaña todo este proceso, de manera especial las últimas fases. El autor no es en ningún momento consciente de estar inspirado en el sentido «técnico» de la palabra, pero sí sabe o barrunta que Dios hace su obra a través de él y de lo que ha escrito.

LA BIBLIA, LIBRO QUE MANCHA LAS MANOS

La Biblia «mancha las manos» porque es santa. En el AT la santidad se entendía como un ámbito aparte que obligaba al ser humano a purificarse antes de entrar en él y al salir de él. Al tocar la Biblia tocamos ese ámbito sagrado, en el que Dios nos llama a su presencia. Desde el NT, sin embargo, la santidad de la Biblia no nos aparta de nuestra vida. Es en nuestra vida donde se hace presente Dios, con su palabra santa, para hacernos santos. No nos quiere apartar de nuestra vida concreta, sino ayudarnos a vivirla de manera que la transformemos según su voluntad y su designio, la hagamos «santa».

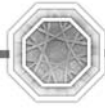
La Biblia no es principalmente ciencia, no basta con estudiarla. Hemos visto que, salvo la sala 0, las salas del octógono que hemos visitado (y también las que nos quedan por visitar) se comunican entre sí directamente. Esto es una ventaja indudable, pero entraña un peligro: que andemos de sala en sala girando en torno al recinto central sin volver a entrar nunca en él, que aprendamos mucho sobre la Biblia sin abrirle el corazón...

BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA

A. M. Artola – J. M. Sánchez Caro, Biblia y Palabra de Dios, Introducción al estudio de la Biblia 2, Verbo Divino, Estella 1990.

F. Lambiasi, Breve introducción a la Sagrada Escritura, Herder, Barcelona 1988.

J. P. Tosaus Abadía, La Biblia como literatura, Verbo Divino, Estella 1996.



4

LA BIBLIA, SÍMBOLO AL CUBO

INTRODUCCIÓN

En la lección anterior terminaba yo mencionando un peligro: el de no abrir el corazón a la Biblia, el de no volver a entrar en el recinto central del octógono sagrado, sino quedarnos en las salas, paseando de una a otra... Ahora bien, ese peligro no se evita renunciando al uso serio de la riqueza acumulada en todas ellas (eso nos llevaría a la situación de callejón sin salida en que nos vimos el primer día ante diferentes textos bíblicos). Lo conveniente es ir y venir del centro a las salas y de las salas al centro. Cada cual debe hacerlo en la medida de sus posibilidades...

La Iglesia ha practicado siempre en profundidad ese movimiento de continua ida y vuelta. Ha procurado abrir el corazón a la Palabra de Dios y la ha escudriñado desde mil puntos de vista, ayudándose de todos los medios a su alcance. El fruto de esa labor milenaria es precisamente lo que se encuentra en las dos últimas salas del octógono.

LAS DOS ÚLTIMAS SALAS DEL OCTÓGONO

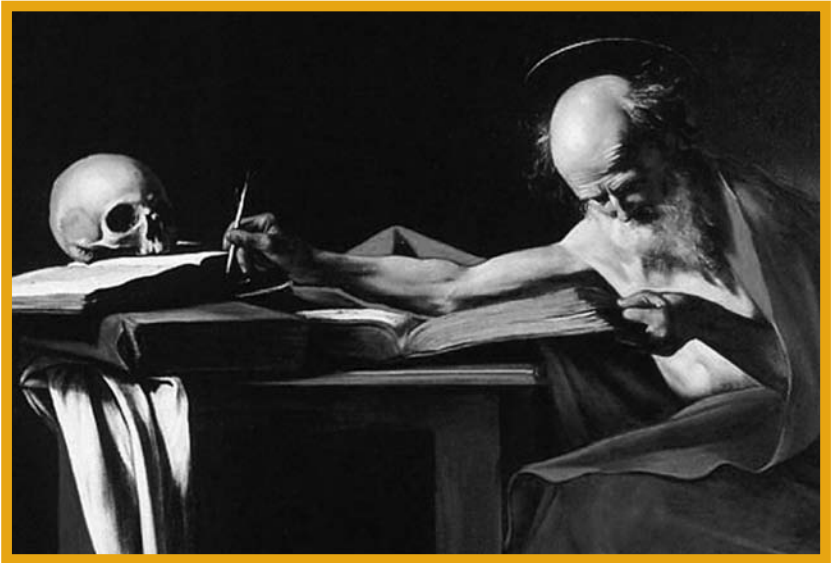
La sala 6: Comentarios e interpretación, métodos y hermenéutica

Contenido y «hermenéutica»

La lectura personal y comunitaria realizada en la Iglesia se plasmó a lo largo de los siglos en numerosos comentarios e interpretaciones de la Biblia. La sala 6, a la que podemos acceder desde la sala 5 o desde el recinto central, atesora en sus estanterías todos los libros y artículos que a lo largo de los siglos han arrojado luz sobre pasajes concretos, secciones, libros o bloques de libros de la Biblia. En los primeros cuerpos de la estantería está la ingente obra escrita de los Padres de la Iglesia, incluidos sus numerosos libros perdidos, que aquí ocupan pese a todo su lugar virtual. A continuación siguen los escritores eclesiásticos medievales, los exégetas grandes y pequeños del Renacimiento y de la época de la Reforma, de la Ilustración, de los comienzos de la exégesis crítica y, finalmente, de la época contemporánea.

La búsqueda de las obras se puede realizar en esta sala (lo mismo que en todas las demás) consultando en los ordenadores el catálogo completo. La existencia de versiones en distintas lenguas facilita la lectura directa de los comentarios y estudios allí recogidos. Algunos paneles interactivos ofrecen la posibilidad de buscar comentarios e interpretaciones a cada texto de la Biblia. Como ya sabemos, esta posibilidad resulta accesible desde los botones de ayuda de la Biblia del recinto central, y se extiende a las demás salas, cuyo contenido también se puede consultar del mismo modo.

Otra gran sección de las estanterías de la sala alberga trabajos que versan sobre métodos exegéticos y hermenéutica; es decir, sobre las cuestiones teórico-prácticas que subyacen tras los comentarios y las interpretaciones: todo comentario emplea un método y aplica unos criterios hermenéuticos, aunque sea de manera tácita y hasta inconsciente. Algunos paneles interactivos exponen de manera diacrónica y sincrónica los distintos métodos (desde los más tradicionales hasta el histórico-crítico y los múltiples enfoques contemporáneos, cada vez más interdisciplinarios). Otros muestran las diferen-



San Jerónimo es representante insigne del esfuerzo cristiano por entender, interpretar y comentar la Biblia, esfuerzo cuyos frutos se van acumulando en la sala 6.

tes teorías hermenéuticas (desde las más antiguas, con Orígenes y sus «principios», hasta Schleiermacher, el primer y el segundo Heidegger y el resto de la hermenéutica moderna).

El término «hermenéutica» podría servirnos de hilo conductor en toda esta sala. En efecto, entendida en sentido amplio, «hermenéutica» es precisamente esa actividad vital en virtud de la cual se establece un «diálogo con el texto (bíblico)». En este sentido, la entera sala 6 es la de la «hermenéutica». Ahora bien, en sentido estricto «hermenéutica» es una disciplina académica que se ocupa de los principios y reglas que rigen la interpretación (en nuestro caso, la de la Biblia). En este segundo sentido, la «hermenéutica» ocupa, como ya hemos indicado, una subsección concreta de la sala.

La Biblia como símbolo al cubo

Conviene, sin embargo, situar el contenido de esta sala en un contexto más global. Eso es precisamente lo que he querido hacer al titular esta lección «La Biblia, símbolo al cubo»... La Biblia reúne en sí un triple simbolismo que exige contemplación e interpretación: es palabra escrita sobre Dios.

En primer lugar es «palabra». La palabra es el fenómeno más específicamente humano. Con ella, el ser humano ha conseguido «dibujar», simbolizar, la realidad en todos sus aspectos, con mayor o menor fortuna. Toda realidad se puede decir, pero todos sabemos que hay realidades inefables. A toda realidad se le puede vestir de palabras, pero continuamente nos encontramos con realidades indescriptibles o de una complejidad que

hace parecer nuestro lenguaje tremendamente imperfecto. En todo caso, las palabras de la Biblia simbolizan realidades.

En segundo lugar, esa palabra está «escrita». La escritura entraña un grado más de abstracción, de simbolización: el sonido vivo de la palabra hablada queda simbolizado por medio de unos signos escritos. Quien no es capaz de interpretar dichos signos se queda fuera de la Biblia, o a expensas de que alguien se los interprete, se los lea.

En tercer lugar, la palabra escrita de la Biblia es una palabra «sobre Dios». Con ello, tanto las realidades simbolizadas por las palabras como éstas y sus formas escritas reciben un nuevo grado de simbolización. La referencia directa de la Biblia a Dios eleva al cubo el simbolismo de la Sagrada Escritura y plantea una cuestión siempre antigua y siempre nueva: ¿cómo se puede hablar de Dios utilizando nuestras realidades terrenas, nuestras palabras humanas, nuestros signos de escritura?, ¿son los símbolos una manera apropiada de hablar de Dios?

Santo Tomás de Aquino, al comienzo de su Suma de teología, responde precisamente a esta cuestión. Para él, lo mismo que para el Pseudo Dionisio Areopagita, a quien cita, los símbolos no sólo pueden servir para hablar de Dios, sino que son la mejor manera de hacerlo; pues, al referirlos a Dios, que está por encima de todo nombre, queda claro que no pretendemos una identificación total entre el símbolo y lo simbolizado. Decimos que Dios es Roca, Luz, Pastor..., pero sabemos que no es una roca, una luz o un pastor sin más. El símbolo dice

algo de Dios, pero pone inmediatamente una distancia inmensa entre él y Dios.

Los sentidos de la Escritura

En la Iglesia existe la convicción constante de que el sentido literal de la Escritura, «lo que los autores querían decir» directamente, va acompañado siempre por un sentido espiritual, lo que «Dios quería dar a conocer con dichas palabras» (Dei Verbum 12). A lo largo de los siglos, esa convicción llevó a diversas estructuraciones de los distintos «sentidos de la Escritura». Un ejemplo típico es la interpretación que Casiano (que vivió en el siglo v) hace de Jerusalén. Según este autor, en sentido literal Jerusalén es la conocida ciudad de Palestina; en sentido alegórico, la Iglesia; en sentido moral, el alma cristiana; en sentido anagógico, la ciudad celestial. Esta concepción que entiende el sentido espiritual subdividido en distintos planos de significado quedó formulada en un célebre dístico medieval que decía así: «Littera gesta docet, quid credas allegoria. Moralis quid agas, quo tendas anagogia» (que traducido con cierta libertad significa: «La letra los hechos muestra; la alegoría, cuanto has de creer. Cuanto has de hacer, el sentido moral; la anagogía, a dónde has de esforzarte por llegar»).

Naturalmente, la Biblia no es la única obra literaria con distintos planos de significado. Dicho de otro modo: la razón de que la Biblia tenga distintos planos de significado no es únicamente su condición de palabra de Dios. Ahí tenemos, por ejemplo, un libro que ya hemos mencionado en estas lecciones: La historia interminable de Michael Ende. Bastián Baltasar Bux, el protago-

El libro del Apocalipsis ilustra perfectamente la convicción cristiana acerca de los sentidos de la Escritura.



nista, es un niño que huye: de sí mismo, de su ambiente familiar, de los demás. Su huida le lleva a encerrarse a solas con un libro misterioso que cuenta una historia en la que aparece él mismo. El reino de Fantasía, enfermo, busca un salvador, y ha de ser él. Un acto de valentía le lleva a introducirse en ese mundo, salvándolo, y a vivir un proceso en el que se le invita a hacer lo que desee («Haz lo que quieras», dice la inscripción de un talismán que se le entrega). Sus deseos, acariciados y ocultos tanto tiempo, van aflorando y se cumplen puntualmente, pero su cumplimiento le va haciendo olvidar poco a poco su propia vida anterior. Finalmente, llega a descubrir, dolorosamente, que el deseo más hondo de su corazón es amar, y se ve devuelto a su mundo gracias a su amigo Atreyu, a quien antes había rechazado e incluso herido. El Bastián que regresa es otro que el que se fue. No huye, sino que afronta su realidad plenamente, con la madurez del que sólo busca amar.

Esta breve relación del libro podríamos llamarla el «nivel de lectura psicológica» de la historia. Este nivel es evidente para el lector, pues el autor se ha encargado de señalarlo continuamente. Sin embargo, está entretrejado de una multitud de pequeños episodios narrativos de fantasía exuberante, que a veces pueden hacer perder el norte. De hecho, esa riqueza de personajes y situaciones fantásticas lleva con frecuencia a hacer de La historia interminable un cuento para niños (a eso lo reduce su versión cinematográfica). Ciertamente, el relato tiene la morfología de un cuento complejo, hecho de muchos cuentos, pero no es simplemente un cuento. El «nivel del cuento» no agota su contenido.

Finalmente, más allá de los dos niveles mencionados (cuento y proceso psicológico), podemos señalar un tercero: el proceso religioso. Hay varios indicios que apuntan en esa dirección y se refuerzan mutuamente (el paralelismo Atreyu-Cristo, el «infierno» de la ciudad de los locos, la analogía entre la rebelión de Bastián y el pecado de soberbia contra Dios, la escena junto a la fuente del Agua de la Vida), pero vamos a quedarnos sólo con uno. «Haz lo que quieras», la inscripción del talismán entregado a Bastián, es una velada alusión al «Ama y haz lo que quieras» de san Agustín. Las palabras del santo no son una invitación a la libertad irresponsable. No se trata de que uno pueda amar (a Dios) y después hacer cualquier otra cosa (aun en contra de la voluntad divina). Lo que se afirma es que quien ama de verdad sólo desea seguir amando y lo que haga sólo tendrá sentido desde ese amor. El proceso espiritual de Bastián lo refleja con una formulación inversa: haciendo lo que quiere, es decir, buscando su voluntad más

honda, Bastián llega a descubrir que su querer más profundo es amar.

De este modo, un libro que para muchos ha podido ser simplemente un prodigio de fantasía para disfrute de los más pequeños, se convierte, mediante una lectura atenta a los guiños del autor, en una construcción elaborada en tres planos de significado.

En el caso de la Biblia, esta lectura «en estratos» resulta aún más necesaria, siendo como es no sólo palabra humana, sino palabra de Dios.

Algunos criterios hermenéuticos

La interpretación realizada en los comentarios y estudios recogidos en la sala 6, en los que se siguen distintos métodos y criterios hermenéuticos, no siempre es coincidente. Ello se debe a veces a esos mismos métodos y criterios; otras, a los diversos planos de sentido de la Biblia misma; otras más, a las convicciones religiosas o filosóficas de los intérpretes.

Por eso es importante recordar lo que el Concilio Vaticano II recomienda a la hora de interpretar la Biblia: hacen falta una investigación seria, crítica literaria e histórica y una serie de principios. El primero de dichos principios es general: la lectura e interpretación de la Escritura se ha de hacer «con el mismo Espíritu con que fue escrita». Este principio general se articula en otros tres más concretos: el contenido y unidad de toda la Escritura; la tradición viva de toda la Iglesia; y la analogía de la fe. Por otra parte, el Espíritu que inspiró la Escritura es el mismo que llenó en plenitud a Jesús y el mismo que nosotros hemos recibido. El cristiano cuen-

ta, pues, con una consonancia y una guía interior a la hora de leer e interpretar la Escritura.

Otra manera de formular la misma convicción es la de monseñor Edelby, obispo oriental y uno de los padres conciliares, que propuso los siguientes principios... En primer lugar, frente a la oposición entre Escritura y Tradición, propia de la controversia entre católicos y protestantes, afirma que «el problema está mal planteado. Hay que volver al misterio de la Iglesia, núcleo de este concilio». Y enuncia a continuación un primer principio: «No se puede separar la misión del Espíritu Santo de la misión del Verbo hecho carne. Éste es el primer principio de toda interpretación de la Escritura». Por eso concluye: «Sería preciso recordar que, por encima de todas las ciencias auxiliares, el fin de la exégesis cristiana es la inteligencia espiritual de las Escrituras a la luz de Cristo resucitado, conforme al ejemplo del Señor, que inició a los apóstoles en tal inteligencia (cf. Lc 24)».

El segundo principio, prosigue monseñor Edelby, es concebir la Escritura como «una realidad litúrgica y profética», como «una proclamación, más que como un libro; el testimonio del Espíritu Santo sobre el acontecimiento de Cristo, cuyo momento privilegiado es la liturgia eucarística». Según la tradición oriental, la Escritura es «la consagración de la historia de la salvación bajo especies de palabra humana». Dicho de otro modo: lo mismo que la realidad de Cristo no es posible sin la carne de María y la acción del Espíritu Santo, y lo mismo que la eucaristía tampoco lo es sin el pan y el vino y la acción del Espíritu Santo, la Biblia no es palabra viva sólo por ser libro, sino por la fuerza vivificante del Espíritu.

Su tercer principio parte de la formulación oriental de la consagración eucarística (realizada por las palabras del sacerdote y por la epiclesis, la invocación al Espíritu Santo). Algo paralelo sucede en la Escritura. Para que la palabra escrita sea Palabra viva de Dios se requiere una epiclesis: «La Tradición Santa es la epiclesis de la Historia de la Salvación, la teofanía del Espíritu Santo, sin la cual la historia es incomprensible, y la Escritura, letra muerta».

Así pues, toda la Escritura nace de una sola «economía» o designio salvífico: la que tiene como único mediador a Cristo y participa de la única vida que nos da el Espíritu.

La sala 7: Efectos de la Biblia en la literatura, el arte, el pensamiento

La Biblia leída e interpretada, hecha vida personal, comunitaria y social, ha llevado a lo largo de la historia a su plasmación en múltiples manifestaciones culturales. En Occidente ha sido fundamental su influencia en la literatura, pero también en la música, el cine, la pintura, la escultura, la arquitectura... por no hablar del pensamiento y la espiritualidad. Todo esto es lo que se recoge en la sala 7. Numerosos paneles interactivos muestran las influencias y repercusiones de textos concretos de la Biblia en diferentes ramas de la cultura occidental. Las vitrinas recogen numerosas reproducciones de obras de arte de inspiración bíblica. La mayoría de ellas se pueden ver, sin embargo, en las distintas pantallas de ordenador.

La influencia de la Biblia en la literatura universal

Pero lo que centra nuestro interés es sobre todo la literatura de influencia bíblica. El gran crítico literario Northrop Frye afirma que la Biblia es un «gran código» para toda la literatura. Algo parecido afirmaba ya en el siglo XIX Juan Donoso Cortés en su Discurso sobre la Biblia:

«Suprimid la Biblia con la imaginación y habréis suprimido la bella, la grande literatura española, o la habréis despojado al menos de sus destellos más sublimes, de sus más espléndidos atavíos, de sus soberbias pompas y de sus santas magnificencias.

¿Y qué mucho, señores, que las literaturas se deslustren, si con la supresión de la Biblia quedarían todos los pueblos asentados en tinieblas y en sombra de muerte?».

Por desgracia, la realidad en España y en el ámbito de la cultura hispana no es precisamente tan ideal como las palabras de Donoso Cortés podrían hacer pensar. La presencia de la Biblia en la cultura de habla inglesa, por ejemplo, es inmensamente mayor que en la cultura de habla española. Ello se debe a razones históricas muy concretas, que arrancan de la controversia entre católicos y protestantes y se prolongan durante siglos debido al Índice de libros prohibidos y la Inquisición. Como decía el exégeta José Cervantes en uno de sus primeros trabajos, «las consecuencias de las prohibiciones mencionadas anteriormente [las de los sucesivos Índices] condujeron a una situación de desierto en la lectura de la Biblia. Aunque... predomina la prohibición de las traducciones [de la Biblia], con ello se propiciaba también la prohibición de la lectura bíblica, y por supuesto quedaba muy

lejos cualquier tipo de recomendación de la lectura de la Biblia». Sobre todo a partir del siglo XVI, la Biblia no pudo ejercer apenas influencia directa alguna en la literatura española. Casi todo se reduce a influencias indirectas, abundantes, sí, pero la mayor parte de las veces anecdóticas y circunstanciales.

Otras influencias culturales de la Biblia

De un modo u otro, sin embargo, y en mayor o menor medida según los países, la Biblia ha tenido y tiene gran importancia en nuestra cultura general. Desde el principio generó, entre otras muchas cosas que ya hemos visto en las demás salas y en ésta misma, grandes empresas de traducción en unas épocas en las que no se traducía prácticamente. Ello favoreció indirectamente la comunicación entre los pueblos.

La civilización occidental es el resultado de muchos factores; pero, como se deduce de la visita a la sala 7, la Biblia es uno de los más fundamentales.



Por otro lado, la Biblia ha creado en Occidente moldes de pensamiento y de narración. Así, por ejemplo, frente al eterno retorno o el ciclo sin fin de otras mentalidades antiguas y modernas, ha establecido una estructura histórica lineal de comienzo, medio y fin. Ha puesto en el centro de nuestra civilización la figura de un salvador (evidente en numerosas obras literarias y películas con final feliz).

Además, en otro orden de cosas, una interpretación muy concreta de las bendiciones materiales que la Biblia promete a los justos llevó a los calvinistas a interpretar la riqueza y su acumulación como signo de la predestinación a la salvación. Ésta fue una de las corrientes que llevaron a la creación del capitalismo moderno.

Por otro lado, hoy en día la Biblia sigue influyendo profundamente en la política y los políticos estadounidenses; por ejemplo, mediante la aplicación de esquemas apocalípticos a la realidad actual. Como sabemos, esto tiene consecuencias muy concretas para todos los pueblos del planeta.

Un compromiso para los cristianos

La Biblia es como la corriente de agua que aparece en la Jerusalén celestial al final del Apocalipsis: produce por donde pasa vida y sanación. La relación correcta y profunda entre la Biblia y las comunidades cristianas no podrá dejar de producir frutos saludables: vida y sanación para nuestra sociedad y nuestra cultura. Por desgracia, no siempre es ésa la relación que mantenemos con la Biblia. Por el contrario, merecemos con frecuencia la censura de Nietzsche:

«Si la buena nueva de vuestra Biblia estuviese grabada también sobre vuestro rostro, no necesitaríais insistir tan obstinadamente para que los demás crean en la autoridad de este libro: vuestras obras y vuestras acciones harían casi superflua la Biblia, porque vosotros mismos deberíais constituir la Biblia nueva».

Es necesario que la Biblia se haga vida, que pongamos en práctica la Palabra, como el hombre sensato que construyó su casa sobre roca. Es necesario que nuestra fe crezca alimentándose de la Biblia, en fidelidad a Cristo y en fidelidad al «aquí y ahora» de la fe. Es necesario orar con la Biblia, entablar diálogo con Dios en respuesta a su palabra. Sólo así podrá la Biblia fecundar nuestro entorno, generar vida y sanar vidas.

LA BIBLIA, SÍMBOLO AL CUBO, ENCLAVADA EN EL CENTRO DE NUESTRA VIDA

El mensaje codificado de la Biblia, símbolo al cubo, se ha de descodificar siempre y en todo lugar. Esto obliga a una labor de ida y vuelta: primero, llegar a los diferentes planos de sentido de la Biblia (mediante la lectura atenta, el estudio, la investigación, la contemplación...); luego, volver con ellos a nuestro mundo y nuestra vida (mediante la oración, la celebración litúrgica, la asimilación personal y comunitaria, la práctica, el compromiso...). Así se verán enriquecidos el uno y la otra.

Situada en el centro de nuestra vida, la Biblia constituye una invitación y un llamamiento constantes: Dios sale a nuestro encuentro en la realidad concreta que vivimos. Ahí, y no en otro sitio, es donde debemos entablar diálogo con él. Ese diálogo ha de tener en cuenta, como punto

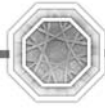
de partida, toda la historia anterior, la del mundo y la nuestra (la sala 0). Ha de ser humilde y estar siempre en búsqueda, pues Dios se acerca a nosotros humildemente y nos busca siempre. De ahí que no debemos cerrarnos a ninguna posibilidad de conocer más sobre la Biblia, sobre Dios: las puertas de las demás salas (de la 1 a la 7) deben estar siempre abiertas. Paseemos por ellas no por afán egocéntrico de saber, sino para conocer mejor al Dios que se nos acerca en su Palabra. Entremos y salgamos de las salas cuantas veces sea preciso, volviendo siempre al centro de nuestra vida, ese lugar donde Dios está y nos aguarda siempre, dispuesto a seguir hablando con nosotros para explicarnos quién es él y quiénes somos nosotros. Ahí encontraremos la paz y el descanso que Jesús ofrece a quien toma su yugo y carga con él, es decir, a quien escucha sus palabras y las pone en práctica.

BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA

A. M. Artola – J. M. Sánchez Caro, Biblia y Palabra de Dios, Introducción al estudio de la Biblia 2, Verbo Divino, Estella 1990.

R. E. Brown – J. A. Fitzmyer – R. E. Murphy (eds.), Nuevo Comentario Bíblico San Jerónimo. Nuevo Testamento, Verbo Divino, Estella 2004.

J. P. Tosaus Abadía, La Biblia como literatura, Verbo Divino, Estella 1996.



EPÍLOGO

Muchas son las cuestiones que quedan simplemente insinuadas a lo largo de estas breves lecciones. La mayoría de ellas se han dejado intencionadamente abiertas para que el lector, una vez situadas dentro del conjunto del octógono, las aborde según sus inclinaciones y posibilidades.

Hay dos, sin embargo, que merecen una mención especial. La primera se sitúa en las salas 6 y 7. Me refiero al efecto negativo de la Biblia cuando se lee «incorrectamente». Hemos mencionado los orígenes del capitalismo y las raíces apocalípticas (y mesiánicas, podríamos añadir) de la política estadounidense. Pero también entran en este apartado las lecturas fundamentalistas que diversos grupos cristianos hacen de la Biblia. Detrás de todo ello hay múltiples factores. Voy a mencionar dos.

Por una parte, el moderno conflicto hermenéutico, del que ya hemos hablado. En dicho conflicto, sin embargo, no todas las opciones son igualmente legítimas. Un ejemplo: en el ajedrez, las posibilidades de interpretar y de abordar una situación concreta en el tablero son muchísimas, pero hay unas reglas básicas

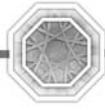
que las limitan. En el campo bíblico, las interpretaciones fundamentalistas a las que nos referimos no suelen respetar las «reglas básicas» de la hermenéutica bíblica (por ejemplo, prescinden de los estudios serios realizados y vulneran, entre otros principios, el de la unidad de la Escritura).

Otro factor es el encuentro que se produce entre ciertos símbolos bíblicos y realidades profundas (y oscuras) de la condición humana, como son el ansia de poder y el hambre de seguridad. En la Biblia hay símbolos que, tomados aisladamente, «absolutizados», pueden llegar a justificar y a fomentar incluso posturas aberrantes o inhumanas. ¡Cuántas barbaridades se han hecho y se han dicho en nombre de la Biblia! También en este caso se impone la humildad y las «reglas básicas» de una hermenéutica cristiana.

El problema de los efectos negativos de ciertas interpretaciones bíblicas es de plena actualidad y exigirá en el futuro mucha reflexión, mucho estudio, mucho diálogo y mucha espiritualidad...

Entro así en la segunda cuestión que deseo reseñar en este epílogo: la espiritualidad cristiana y sus raíces bíblicas, tan olvidadas en muchas ocasiones (sustituidas por sucedáneos, por teorías, por preceptos o por normas morales). A lo largo de las lecciones se ha hablado bastante de esto, pero conviene hacerlo explícito una vez más: el «octógono sagrado» articula en una sola imagen la realidad personal (histórica, intelectual, anímica y espiritual) y la realidad de Dios que nos habla en la Biblia (con sus múltiples dimensiones y campos). Cierto es que todos los seres humanos están llamados a traspo-

ner el umbral de la sala 0 y a entrar en diálogo íntimo y amoroso con Dios, aunque no sean cristianos. Pero para los que sí lo somos, la Biblia es un elemento esencial de dicho diálogo. Para vivir debemos acudir a ella, leerla asiduamente, porque para eso sirve: para vivir como cristianos nuestra vida ordinaria, con todo lo que ésta trae consigo. La espiritualidad bíblica es múltiple, rica en imágenes, y se puede acceder a ella de distintos modos. Vivida personal y comunitariamente, irá transformando nuestra vida, haciendo que su centro sea cada vez más Jesús, la Palabra que se hizo carne y puso su tienda en medio de nosotros. Tienda, peregrinación, camino... ¡Queda mucho por andar...! ¡Pero él va con nosotros!



ÍNDICE

PRÓLOGO.....	5
1. LA BIBLIA COMO HISTORIA INTERMINABLE.....	9
INTRODUCCIÓN.....	9
LA DIMENSIÓN HISTÓRICA Y LITERARIA DE LA BIBLIA.....	16
Historia y sociedad en el mundo de la Biblia.....	16
Principales coordenadas histórico-sociales	
de la Biblia.....	18
Literatura oral, literatura escrita.....	19
Literatura pura, literatura pragmática.....	19
Literatura anónima, literatura de autor.....	20
Literatura abierta, literatura cerrada.....	21
La obra en su referencia a la historia	
y a una sociedad.....	22
Del «realismo ingenuo» a la crítica.....	22
¿Se puede hablar de historicidad	
de la Biblia en cuanto literatura?.....	23
¿Qué es lo importante en los hechos	
históricos reflejados en la Biblia?.....	26
LA BIBLIA COMO HISTORIA INTERMINABLE.....	26
BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA.....	27

2. LA BIBLIA, RESTOS DE UN NAUFRAGIO.....	29
INTRODUCCIÓN.....	29
LA SALA 0: CREACIÓN E HISTORIA.....	30
LAS PRIMERAS SALAS DEL OCTÓGONO.....	33
La sala 1: Las tradiciones orales y escritas previas a los libros bíblicos.....	34
La sala 2: Los manuscritos bíblicos y la crítica textual.....	37
La sala 3: Las versiones (traducciones) de los libros bíblicos.....	41
¿CÓMO SE LLEGÓ A ESTABLECER EL CANON DE LA ESCRITURA?.....	44
LA BIBLIA, RESTOS DE UN NAUFRAGIO Y SIGNO DE PERMANENCIA.....	46
BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA.....	47
3. LA BIBLIA, LIBRO QUE MANCHA LAS MANOS.....	49
INTRODUCCIÓN.....	49
LAS DOS SALAS SIGUIENTES DEL OCTÓGONO.....	50
La sala 4: El contexto geográfico, histórico y literario de la Biblia.....	50
La sala 5: La literatura parabíblica.....	54
Apócrifos del AT.....	54
Literatura no bíblica de Qumrán.....	56
Literatura targúmica.....	56
Literatura rabínica.....	57
Apócrifos del NT.....	59
REFLEXIÓN TEOLÓGICA.....	60
La inspiración de la Biblia según la Biblia.....	61
El AT sobre el AT.....	61
El NT sobre el AT.....	61
El NT sobre el NT.....	62

La inspiración de la Biblia según la Iglesia.....	62
Los Padres de la Iglesia.....	62
La escolástica.....	64
El Magisterio.....	64
Síntesis.....	65
Perfil vital de un autor inspirado.....	66
LA BIBLIA, LIBRO QUE MANCHA LAS MANOS.....	67
BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA.....	68
4. LA BIBLIA, SÍMBOLO AL CUBO.....	69
INTRODUCCIÓN.....	69
LAS DOS ÚLTIMAS SALAS DEL OCTÓGONO.....	70
La sala 6: Comentarios e interpretación, métodos y hermenéutica.....	70
Contenido y «hermenéutica».....	70
La Biblia como símbolo al cubo.....	72
Los sentidos de la Escritura.....	74
Algunos criterios hermenéuticos.....	77
La sala 7: Efectos de la Biblia en la literatura, el arte, el pensamiento.....	79
La influencia de la Biblia en la literatura universal.....	80
Otras influencias culturales de la Biblia.....	81
Un compromiso para los cristianos.....	82
LA BIBLIA, SÍMBOLO AL CUBO, ENCLAVADA EN EL CENTRO DE NUESTRA VIDA.....	83
BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA.....	84
EPÍLOGO.....	85